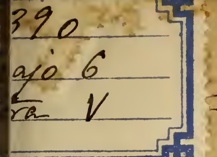


ADMINISTRACION
DE
OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

VÍ Y VENCÍ,

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL Y EN VERSO,

DE

D. P. MORENO GIL.

Representada por primera vez en el teatro de la Zarzuela,
el dia 1.° de Setiembre, en la inauguracion de la seccion de verso
del año cómico de 1864.



MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTINEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

1864

CATALOGO

DE LA

ADMINISTRACION GENERAL DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

DE D. FRANCISCO RUBIO.

San Pedro Mártir, número 12, segundo.

OBRAS DRAMÁTICAS.

EN UN ACTO.

Al que se hace de miel...
Aventuras de un cesante.
Don Ramon.
El huérfano ó el niño mendigo.
¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!
Este cuarto no se alquila.
Fuego entre ceniza.
Fortunato Azares.
Las pesquisas de mi suegro.
Los dos preceptores.
Los apuros de Gaspar.
Me conviene esta mujer.
Misterios de la calle del Gato.
Pecador y arrepentido.
¡Presente, mi general!
Por un bofeton un duelo.
Receta contra los locos.
Triana la Macarena.
Un pollo que sufre mucho.
Una carga de caballería.
Un casamiento original.
Una obra de caridad.
Vida prosáica.

EN DOS ACTOS.

El caballero pobre.
El pedestal de la estatua.
El talisman.

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Achaques de la vejez.
Al borde del abismo.
Beltran.
Beppo el Aventuro.
Don Tello de Guzman.
El padre de familia.
El honor y el trabajo.
¡Españoles, á Marruecos!
Gabriela de Vergy.
La mejor joya, el honor.
El lago de Glenaston.
El matrimonio de conciencia
La boda de Enriqueta.
La flor trasplantada.
La historia de una madre.
La piedra de toque.
La primera falta.
La princesita.
La profecía.
La teoría de la voluntad.
Las aves de paso.
Loco de amor.
Los franceses en España.
Los polacos.
Luz en la sombra.
Marco Spada.
Mártir siempre, nunca reo.
Mi suegra y yo.
Pobres y ricos.
Un bandido de levita.
Un dia en el gran mundo.
Ví y vencí.

ZARZUELAS (1).

EN UN ACTO.

Atala y Chactas, L. y M.
Batalla de amor, L.
Cada loco con su tema, L. y M.
Casado y soltero, L.
El amor y el almuerzo, L.
El Grumete, M.
El hombre feliz (monólogo), M.
El Sonámbulo, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, L.
Guerra á muerte, M.
Impresiones de viaje, L.
Julio César (monólogo), L.
La cotorra, L.
La pupila, M.
La cruz de los Humeros, M.
La zarzuela (mitad), L.
La dama del Rey, M.
La vuelta del Corsario (2.ª Pte. de *El Grumete*), M.
Lo que de Dios está, L. y M.
Las bodas de Juanita, L.
Los dos ciegos, L.
Pablito, L.
Por cana más ó ménos, L. y M.
Por un paraguas, L. y M.
Un ayo para el niño, M.

(1) De las obras que van marcadas con las inicialos L. ó M., pertenece sólo á esta Administracion, la música ó el libreto, y las que llevan L. y M. corresponden á la misma por completo. — Toda partitura que se pida por los representantes de esta Galería, se considera como vendida, y los mismos han de responder de su importe.

VÍ Y VENCÍ.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid, 29 de Febrero de 1864.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

PERSONAJES.	ACTORES.
Cármen	D.ª Rosa Tenorio.
Doña Mercedes	Balbina Valverde.
Rosa	Concepcion Perez.
César	D. Ceferino Guerra.
Don Antonio	José Calvo.
Emilio	Emilio Mario.
Juan	Rafael Calvo.
Ramon	Mariano Mateos.

Madrid: 1864.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegantemente amueblado: puerta al foro y laterales: chimenea en primer término derecha: balcon en primer término izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MERCEDES leyendo junto al velador. CARMEN á su lado bordando. JUAN aparece un momento despues en la puerta del foro.

JUAN. (Desde la puerta.)
¿Dan ustedes su permiso?
MERC. Adelante, Juan.
JUAN. (A Cármen, despues de saludarlas.)
¡Me agrada
tanta aplicacion!... ¡Bonito
dibujo! ¿Y papá?
CARMEN. Bien, gracias.
(Juan se sienta al lado de Cármen.)
MERC. ¿Y usted ha sabido ya
de mamá?
JUAN. Sí; tuve carta
ayer, en la que me dicen
que sigue muy delicada.
MERC. Lo siento.
JUAN. Gracias.
MERC. ¡Los años
son la carga más pesada
de la vida!
CARMEN. ¿Ha visto usted

en el Príncipe ese drama
de espectros?...

JUAN. ¡Yo, Carmencita!

MERC. ¡Esa pregunta me extraña!
¿Pues no sabes que don Juan
nunca va al teatro?

JUAN. ¡Rara
vez!

CARMEN. Pues tiene usted mal gusto:
yo iria siempre.

MERC. ¡Chis! ¡Calla!
Don Juan hace bien en eso;
su buen criterio le aparta
de los peligros que busca
la juventud, siempre ávida
de placeres; y el teatro
no es hoy, creo, por desgracia,
la escuela mejor.

JUAN. (Con marcada hipocresía.) Sí, Cármen:
¡por fortuna usted no alcanza
á comprender lo inmoral
de nuestra escena! ¡Qué dramas!...
¡Qué comedias!... ¡El amor
hoy santifica las faltas
más graves, y la virtud
no es ya una prenda estimada
como en otros tiempos!... ¡Esa
es hoy la moral que arrastra
á aquellos que desconocen
los sentimientos del alma!

CARMEN. (¡Ya empiezan con sus sermones!)

MERC. Carmencita, aunque no escasa
de talento, es una niña
sin experiencia, y la extraña
que la sociedad ofrezca
tantos peligros.

JUAN. Pues nada
crea usted exagerado;
¡ni encerrado uno en su casa
está libre de sus tiros!
¡Hay tanto pillo con máscara
de hombre de bien!

MERC. Es verdad,
don Juan.
JUAN. ¡Ah!... Se me olvidaba
decir á usted que hoy traeré
el devocionario: acaba
el librero de decirme
que dentro de un rato vaya
por él.
MERC. Agradezco á usted
el interes que con tanta
voluntad se toma siempre
por mí.
JUAN. Señora...
CARMEN. ¿Y las láminas,
son bonitas?
JUAN. (Mirando á Cármen.) ¡Muy bonitas!...
CARMEN. (Viendo salir á D. Antonio.)
¡Ah! ¡Papá!
JUAN. (Tengamos calma.)

ESCENA II.

DICHOS. D. ANTONIO, por la izquierda, con una carta en la mano.

JUAN. (Levantándose.)
Don Antonio...
ANT. Quieto, quieto.
JUAN. Permítame usted...
MERC. ¿Qué carta
es esa?
ANT. Venia á hablaros
sobre ella.
JUAN. Si estorbo...
ANT. ¡Nada
de eso! Al contrario; usted es
de la familia.
JUAN. Mil gracias.
(¡Ojalá... pero lo dudo!)
ANT. Me escribe mi amigo Palma,
el profesor, noticiándome
que hoy vendrá, por la mañana,

su recomendado, un jóven
de dotes muy estimadas,
para preparar á Emilio
á que tome el grado. (Dirigiéndose á Juan.)
Rara
le parecerá tal vez
á usted mi pretension.

JUAN. Nada
de eso.

ANT. Como el plan vigente
autoriza la *enseñanza*
doméstica, he preferido
que venga un maestro á casa
mejor que mandar á Emilio
á un colegio; el tarambana
hubiera mejor querido
campear solo, á sus anchas;
pero ¡ya ve usted, su edad!...
¡Ya no es un niño!... Y con tanta
libertad, en un carácter
como el suyo, es darle alas
para todo.

JUAN. Ha hecho usted bien.

ANT. En fin, creo que si él trata
de aplicarse mucho, este año
será bachiller.

JUAN. (Ya escampa.)

MERC. Sí; si él estudia...

ANT. Lo hará

CARMEN. Dice que Dios no le llama
por ese camino.

(Se oye dentro la voz de Emilio.)

ANT. Ahí viene
si no me engaño.

JUAN. (Viendo á Emilio en la puerta.)
(¡Qué lástima
de cabo loco!)

ESCENA III.

DICHOS. EMILIO, que entra tarareando por el foro.

EMILIO. (Entrando.) ¡La paz
sea en esta santa casa!
ANT. ¿Qué modo de entrar es ese?
EMILIO. ¡Mi genio bromista!... (¡Cáscaras,
qué cara pone mi tio
tan fea!) No he dicho nada.
ANT. ¿De dónde vienes? ¿Por qué
has salido esta mañana
sin mi permiso, dí?
EMILIO. Vamos
por partes: vengo de casa
de don Fernando.
ANT. ¿De qué?
EMILIO. De entregarle en buena plata
las limosnas que mi tia
recogió en las Calatravas
ayer.
ANT. (A doña Mercedes.)
¿Eso es cierto?
MERC. Sí.
EMILIO. Gracias por la confianza,
querido tío.
ANT. Ya sabes
que nunca quiero que salgas
sin saber á dónde vas.
EMILIO. Está muy bien.
(Dirigiéndose con malicia á Juan, que estará hablando con Cármen.)
(¡Su constancia
alabo!...)
JUAN. (¡A que le santiguo
si empieza ya con sus chanzas!)
ANT. (A Emilio.)
Ven conmigo: ya te he dicho
que tengo que hablarte.
EMILIO. ¡Vaya!

¿Y se pone usted para eso
tan grave?

ANT. ¡Emilio!..

MERC. ¿Así faltas
al respeto que á tu tio
debes tener?

ANT. ¡Hum!

EMILIO. ¡Si nada
puede uno decir!... Yo soy
bromista, y á veces...

MERC. Calla,
si es que puedes.

ANT. Sígueme
á mi despacho.

EMILIO. (¡Caramba,
que se pone serio!)

ANT. (A Juan.) Usted
me dispensará esta franca
confianza: voy á hablarle
del asunto...

JUAN. (A D. Antonio.) Nada, nada;
la sujecion es la base
del estudio.

ANT. Esa es mi táctica:
con que hasta luégo.

JUAN. Hasta luégo,
don Antonio. (Váse D. Antonio por la derecha.)

MERC. (A Emilio, que habrá vuelto á acercarse á Cármen.)
Vamos, anda.

EMILIO. (Riéndose.)
Decia á mi prima...

JUAN. (Con curiosidad.) ¿El qué?

CARMEN. ¡Que va á estudiar mucho!

EMILIO. (Mirando á Cármen.) Vaya,
ya lo creo: ¿qué no haria
yo por...
(Reparando en doña Mercedes.)
(¡Ah, mi tia!.. ¡Cáscaras,
si me oye echarla una flor!)
(Vase riéndose por la derecha.)

JUAN. (¡El primito es una ganga!)

ESCENA IV.

DOÑA MERCEDES, CARMEN, JUAN.

MERC. (Sentándose.)
Dispénsele usté; es un niño
sin malicia.

JUAN. ¿Yo?.. ¿Por qué?
Las bromas ya sabe usté
que son hijas del cariño.
(A Cármen.)
¿No se sienta usted?
(Toman asiento al lado de doña Mercedes.)

ESCENA V.

DICHOS, RAMON.

RAMON. (Desde la puerta del foro.) Señora...

JUAN. (Levantándose.)
(Maldito seas, amen.
¡Qué querrá este cafre!)

MERC. ¿Quién
es?

RAMON. Un jóven.

MERC. ¿A esta hora?..
¡Será el profesor!
(A Ramon.) ¿Su nombre?
(Ramon entrega la tarjeta á doña Mercedes.)

MERC. (Leyéndola aparte.)
(Federico Ruiz Villalba.)
(Cármen y doña Mercedes se levantan.)

JUAN. (¡Le juro... aunque tenga calva,
guerra mortal á ese hombre!)

MERC. (A Ramon.)
Que pase. (Vase Ramon.)

JUAN. (Viendo que Cármen da un beso á doña Mercedes.)
(¡Se vá!)

CARMEN. Hasta luégo,

señor don Juan. (Cármen se retira por la izquierda.)

JUAN. (¡Apartarla
de mi lado! ¡Ha de pagarla
ese dómine!)

MERC. Le ruego
que por mí reciba usté
á ese jóven: voy á hablar
á Emilio...

JUAN. Bien.

MERC. Y avisar
á su tio.

JUAN. Así lo haré.

(Vase doña Mercedes por la derecha.)

(Juan coge un libro del velador, vuelve la butaca hácia la chimenea y se sienta.)

ESCENA VI.

JUAN, CESAR por el foro.

CESAR. (Desde la puerta.)
Caballero...

JUAN. (Sin volverse.) (A la otra puerta.)

CESAR. (Entrando.)
(No me ha oido.) Don Antonio...
(Reconociendo con sorpresa á Juan y acercándose á la butaca.)
¡Don Juanito!

JUAN. (Dando un salto en la butaca.)
¡Don demonio!..
(Sorprendido al ver á César.)
¡César!..

CESAR. ¡Calla!.. Que está abierta
la puerta... Yo soy aquí
Villalba.

JUAN. ¿Tú?

CESAR. Licenciado
en letras, y graduado
en derecho: con que así,
ve y calla.

JUAN. ¡Comprometer
de esa manera á un amigo

tan bueno, y ser yo testigo
de tus locuras!.. ¡Hacer
á Federico juguete
de tus seducciones!..

CESAR. ¡Hombre!..

JUAN. Nada en ello hay que me asombre
mas...

CESAR. Vas á hacer el cadete
conmigo!.. Ademas, ahora
Federico está ocupado
con su mujer...

JUAN. ¿Se ha casado?

CESAR. Y no teniendo una hora
suya, para dedicar
su talento á la enseñanza,
pone en mí su confianza
y vengo aquí en su lugar.
Con que escúchame, y así
sabrás mi plan.

JUAN. Ya sospecho...

CESAR. Yo siempre me voy derecho
al asunto.

JUAN. Es que...

CESAR. Oye.

JUAN. Dí.

CESAR. Esta casa es un convento...

JUAN. Que profanar no debias.

CESAR. Y tú, gran pillo, ¿te hacias
esa cuenta cuando el viento
te trajo por aquí?

JUAN. Yo...
soy casi parte integrante
de la familia!..

CESAR. ¡Tunante!..

JUAN. Mi tia...

CESAR. Ya; te encargó
que con fina hipocresía
en obsequio á la amistad,
buscases aquí tu edad
de oro!.. Pues chico, tu tia
no contaba, me parece,
con la huéspeda.

JUAN. Es decir...

CESAR. Que te vengo á combatir
frente á frente.

JUAN. No merece
tu descabellado plan
que me altere.

CESAR. Eso me alegra.

JUAN. Yo... cuento ya...

CESAR. Con la suegra,
eh?

JUAN. Tal vez.

CESAR. Me alegro, Juan.

JUAN. Ademas, en cuanto diga
yo quién eres...

CESAR. ¿Sí?... Corriente;
pues... en cuanto yo les cuente
la historia de cierta amiga!...

JUAN. ¿Quieres callarte?

CESAR. De Lola,
por ejemplo; entónces...

JUAN. (Sobresaltado.) ¡Hombre!

CESAR. ¿Te has puesto malo?

JUAN. ¡Ese nombre
me aterra!... Callaré.

CESAR. ¡Hola!

JUAN. Pero al ménos... me dirás...

CESAR. Todo; pero escucha y calla:
ántes de dar la batalla,
completo mi plan sabrás.
Hace un mes que paseando
á pié por la Castellana
ví un ángel... de forma humana,
que iba en un coche. Cambiando
de direccion, en el Prado
la ví despues; no diré
qué me pasó, mas quedé
ciegamente enamorado.
Indagué, supe quién era,
busqué quien me presentara
en la casa... ¡Quién pensara
que su padre la tuviera
en tan cruel reclusion!...

En fin, Juan, supe que aquí
nadie entraba, y dije: «¿Sí?...
Yo encontraré una ocasion».
Jamas pensé, lo confieso,
en tí. ¡Ni aun imaginarme
pude que tú presentarme
pudieras!
(Movimiento de sorpresa en Juan.)
No; ya sé que eso
no lo hubiera conseguido
tampoco; y casi me alegro:
sé que nuestro amable suegro
te lo hubiera prohibido;
pero... ¿qué quieres?... La suerte
me abrió camino.
(Bajando más la voz y con misterio.)
Una noche
ví á mi buen tio en el coche
de don Antonio: tan fuerte
fué mi emocion... que en seguida,
—pretextando gran cuidado
por haberme noticiado
que peligraba su vida,—
fuí á ver á mi buen tio,
y aunque al pronto me acogió
segun costumbre, tragó
el anzuelo: aunque algo frio
é impasible, pues no es tonto,
me perdonó mis locuras;
pero yo aun estaba á oscuras
de lo que iba á hacer; muy pronto...
formé mi plan!
(Con entonacion algo exagerada.)
¡Una tarde!...
¡Qué tarde!... ¡Tan vaporosa...
como era tu Lola hermosa!
(Movimiento de disgusto en Juan.)
Dispénsame que haga alarde
de lo que fué.

JUAN. ¡Hombre!

CESAR. Prosigo:
(Breve pausa.)

Esa tarde, aunque con harta
impaciencia, ví una carta
que dirigia su amigo
á mi tio.

(Abrazándole.)

¡Ay Juan!

JUAN. Ya estoy.

CESAR. ¡Le encargaba... un buen maestro
para su sobrino! Diestro
como una ardilla, me voy
á ver un antiguo amigo
que llenaba por completo
las condiciones; someto
á él mi proyecto, y me obligo
á ocupar su puesto: él duda,
mas sus escrúpulos venzo...
y en fin, chico, le convenzo
de todo, acepta y me ayuda.

(Mirando fijamente á Juan, que estará muy pensativo.)

Vengo aquí...

JUAN. ¡Ya!

CESAR. Y lo primero
que diviso es un rival
que, á fuer de jóven formal,
visita este hogar: le entero
de todo, lleva un gran susto
al principio, mas despues
piensa con sumo interes
su plan de ataque. ¡Es muy justo!
Frunce el gesto porque hablar
no puede, y piensa con juicio;
que su hoja de servicio
tiene mucho que tapar.
Derrochador, calavera,
víctima es de su pecado,
pues jamas ha respetado
ni á casada ni á soltera.
¡Si ese velo á descorrerse
llegara, en el hondo abismo
se hundiria!... Por lo mismo
conoce que, sin perderse,
descubrirme no le es dado,

porque otro tanto le espera.
¡Ay de él... si el suegro se entera
de su más leve pecado!
¡Adios, dulces emociones!
¡Adios, brillante tesoro!
¡Adios, ilusiones... de oro!
¡Adios, viejos patacones!
(Juan demuestra su impaciencia.)
Es una triste verdad
al ciego niño sujeta,
que el amor ya no respeta
ni la más firme amistad!
Si á Aristóteles profundo
le hubiera incitado Eva,
se come él solo la breva
á costa de todo el mundo.
Que el amor es un mal bicho
desde nuestro padre Adan;
yo lo siento mucho, Juan,
¡más cómo ha de ser!... He dicho.
(Breve pausa.)

JUAN. ¿Concluiste?
CESAR. Concluí.
JUAN. ¿Con que á todo estás dispuesto?
CESAR. ¡A qué no estará un maestro
como yo!
JUAN. Pues oye.
CESAR. Dí.
JUAN. Yo en tus manos he confiado
un pleito de gran valía,
y sólo saber queria
si en tu plan descabellado
entra este asunto.
CESAR. (Con seriedad.) En conciencia
no debia contestarte;
si enemigo en otra parte,
soy tu abogado en la Audiencia.
JUAN. Es decir...
CESAR. Que ganaremos
el pleito... y ni una palabra
más sobre este asunto.
JUAN. Bien.

CESAR. Hablemos, pues, del belen
que hoy por hoy mi dicha labra.
¿Tú amas á la niña?

JUAN. Yo...

CESAR. Habla francamente.

JUAN. Sí.

CESAR. Pues, chico, yo vengo aquí
á no recibir un no.

JUAN. Ya me lo figuro.

CESAR. Incierta
es mi situacion, lo sé;
pero á todo apelaré
ántes de tomar la puerta.
Con que así, tus condiciones
espero, con la franqueza
con que yo te he hablado: empieza,
que ya te escucho.

JUAN. Razones...
de importancia, aunque te asombre,
han hecho que mi amor...

CESAR. Sí.

JUAN. Ya sabes que ando así, así.

CESAR. ¡Sin un cuarto!... Ya estoy.

JUAN. ¡Hombre!

CESAR. ¡Y como la chica es rica!...

JUAN. No digo...

CESAR. Lo digo yo,
es igual.

JUAN. Es que yo no...

CESAR. Adelante con la chica.
¿Ella te ama?

JUAN. No lo sé.

CESAR. Pues estás adelantado.

JUAN. ¡Si tú me hubieras dejado
más tiempo!...

CESAR. ¡Ya!... ¡Volveré
si te parece!

JUAN. ¡Hombre, sí;
me harias un gran servicio!

CESAR. El caso es que estoy de oficio
hace un cuarto de hora aquí;
si no...

JUAN. Es decir...
CESAR. Que tu plan
espero, y que ha de ser pronto.
JUAN. Pero si tú...
CESAR. No seas tonto
y aprovecha el tiempo, Juan.
JUAN. Pues bien, yo ceder, no cedo
por ningun concepto.
CESAR. ¡Bravo!
JUAN. Aunque tu experiencia alabo
no debo tenerte miedo.
Callaré... por darte gusto,
y porque en fin...
CESAR. (Con ironía.) Gracias, Juan.
JUAN. En cambio...
CESAR. Donde las dan
las toman; eso es muy justo.
Serás para mí un extraño.
JUAN. Tú de mí...
CESAR. Yo no sé nada.
JUAN. Por lo demas, declarada
la guerra: si tú en mi daño
trabajas, yo haré lo mismo,
como es natural.
CESAR. Corriente;
lucharemos frente á frente
hasta el fondo del abismo.
JUAN. Despues... el que derrotado
salga, el campo dejará
por completo.
CESAR. Bien: se irá
con la música á otro lado.
JUAN. Nada tengo que añadir:
¿aceptas?
CESAR. Sin restriccion.
JUAN. Pues...
CESAR. Empieza la funcion:
tú á rezar y yo á gruñir.
JUAN. (Con marcada ironía acercándose á César.)
Señor maestro, le ruego
que ate usted codo con codo
al muchacho: sobre todo,

¡mucho griego... mucho griego!

CESAR. Señor don Juan, por si un dia
mi resolucion le asusta,
puede usted ir ya, si gusta,
contándoselo á su tia.

JUAN. Allá veremos.

ESCENA VII.

DICHOS. D. ANTONIO por la derecha.

CESAR. (A Juan viendo salir á D. Antonio.)
(Chiton:
cada uno atienda á su juego.)
¡Ejem! (Volviéndose hácia D. Antonio.)
Servidor de usted.

ANT. Señor mio, ¡cuánto siento
haberle hecho á usté esperar!
Un negocio...

CESAR. Nada de eso;
yo soy el que sentiria
distraer á usté un momento
de sus asuntos.

ANT. No tal.

CESAR. (Examinando á D. Antonio de arriba á abajo.)
(No me disgusta mi suegro.)

JUAN. (A D. Antonio, poniéndose los lentes y mirando con marcada atencion á César.)
Este caballero es...

ANT. (A Juan.) Sí;
el que, con notable acierto,
me recomienda mi amigo
Palma.

CESAR. Sé que no merezco
tanta distincion.

JUAN. ¡Ah!... Sí;
el que viene de maestro
de Emilio.

CESAR. Soy profesor
en letras.

JUAN. Ya, ya comprendo:
ustedes creo que enseñan,

segun marca el plan moderno,
un poco de todo, ¿eh?
Quiero decir, un ligero
barniz... científico.

CESAR. Eso es.
(Con marcada intencion.)
Así se evita, á lo ménos,
que despues sean cazurros,
hipocritones y necios
muchos que en la sociedad
ven en el cercado ageno
su propia hacienda.

ANT. Es verdad.

CESAR. (Mirando á Juan que estará impaciente dando vueltas á una silla.)
Yo, francamente, confieso
que, aunque mi genio es pacífico,
me hacen siempre mal efecto
esos caractéres débiles
y afeminados, que el tiempo
emplean sólo en visitas,
dando contínuo tormento
á los muebles de una sala.

ANT. Sí señor; son, en efecto,
una polilla social:
sobre ese punto tenemos
la misma opinion.

CESAR. (Bajo á Juan.) (Empiezas
mal.)

ANT. Justamente por eso
está mi casa cerrada
á todo el mundo.

CESAR. Bien hecho.
¿Es sin duda hijo de usted
tambien este caballero?

ANT. No señor; es un amigo
de confianza, á quien tengo
el gusto de presentar
á usted.

CESAR. (Dando la mano á Juan.)
Mucho lo celebro.
(Vete.)

JUAN. (Bajo á César.) (Soy de confianza.)

ANT. ¿Con que marchó al extranjero
por fin nuestro amigo Palma?

CESAR. Sí señor; anoche.

ANT. ¿Creo
que lleva una comision
importante del gobierno?

CESAR. Sí señor: va á examinar
unos cronicones viejos
de España que se conservan
por fortuna en el Museo
Británico.

ANT. ¿Y los traerá?

CESAR. Lo dudo.

JUAN. Y yo.

ANT. Segun eso,
¿lo ménos estará un mes
en Inglaterra?

CESAR. Tal creo.

JUAN. (¡Esa es tu suerte, tunante!)

CESAR. (Volviéndose hácia Juan.)
¿Decia usté?...

JUAN. (Reponiéndose.) O yo recuerdo
mal, ó ese señor tenia
un sobrino?...

CESAR. (Desentendiéndose.) No sé.

JUAN. Un trueno
completo, un calaveron
de fama.

CESAR. Tal vez...

ANT. Sí, cierto;
un jóven que de contínuo
le daba, sin miramiento
alguno, muchos disgustos:
siempre que me hablaba de eso
se enfurecia.

JUAN. Si dicen
del tal sobrino...

CESAR. (Inquieto.) Algun cuento.

JUAN. Ca, no señor; si era el jefe
de la partida del trueno
tan famosa.

CESAR. (Con intencion á Juan.)

Ya conozco
la partida: pero... creo
que hace ya tiempo que quedan
de ella sólo algunos restos:
usted tal vez... estará
más enterado.

JUAN. (Desconcertado.) ¡No veo
la razon!

CESAR. Se me figura
que se ha de ocupar más de eso
que yo: mis obligaciones
no me dejan nunca tiempo
de estudiar vidas agenas:
en cambio usté, á lo que infiero,
tendrá tiempo para todo.

ANT. (A César.)
Si usted quiere, pasaremos
á mi despacho, y allí
le hablaré á usted del proyecto
que me proporciona el gusto
de conocerle.

CESAR. Agradezco
su fina atencion: por mí
estoy á todo dispuesto.

ANT. Pues vamos: señor don Juan
dispénseme usté un momento.

JUAN. Con mucho gusto.

ANT. Entre tanto
puede usté hacerme el obsequio
de preparar bien á Emilio
para que deje bien puesto
el pabellon: ahora mismo
le haré que salga.

CESAR. (Dando la mano á Juan.) Celebro
la ocasion... (Bandera negra,
¿quieres?... Pues date por muerto.)

(Entran César y D. Antonio por la puerta de la derecha: César desde la puerta dirige irónicamente otro saludo á Juan.)

ESCENA VIII.

JUAN pensativo: CARMEN aparece en la puerta del foro izquierda, donde se detiene hasta que supone que han entrado César y D. Antonio en el despacho: luégo se dirige lentamente hácia Juan: un momento despues sale EMILIO por la derecha y se acerca tambien á Juan por el otro lado.

JUAN. ¡Mucho en su talento fia!..
Sin embargo, procuremos
no dar ningun golpe en falso,
que él no pierde nunca el tiempo.
Mientras yo sostener pueda
mi papel, llevo en efecto
gran ventaja.

CARMEN. ¿Está usté hablando
solo?

JUAN. (Con acento cariñoso, volviéndose hácia Cármen.)
Yo... tal vez.

CARMEN. Apuesto
á que sé lo que es.

JUAN. No digo
lo contrario.

CARMEN. ¿A que lo acierto?

JUAN. Me alegraré. (¡Verla á solas
es un milagro estupendo!)

CARMEN. Cuando uno habla á solas es
porque... ¿lo digo?

JUAN. Eso espero.

EMILIO. (Que estará ya al lado de Juan.)
Porque no tiene con quién.

CARMEN. (Riéndose.)
Está claro.

JUAN. (Dominándose.) (¡Habrá mastuerzo!
¡No podia el angelito
presentarse más á tiempo!)

EMILIO. ¿Qué queria usted, don Juan?

JUAN. ¿Yo? Nada, hijo mio.

EMILIO. Ello
debe ser algo: mi tio
me ha dicho que...

JUAN. (Con indiferencia.) ¡Ah!.. Sí; en efecto.

CARMEN. (Dirigiéndose hácia la puerta de la derecha.)
Voy á buscar á mamá.
EMILIO. (Llamándola.)
Cármen... ¿me quieres?
CARMEN. Te quiero.
EMILIO. ¿Mucho?
CARMEN. Mucho.
EMILIO. ¿Como cuánto?
CARMEN. Más que á mi gatito negro.
(Vase corriendo por la derecha.)

ESCENA IX.

JUAN, EMILIO.

(Emilio acercándose á Juan que permanecerá inmóvil, despues de haber escuchado con reprimida calma el final de la escena anterior.)

EMILIO. ¡Jí, jí!... ¡Qué bonita es!...
¿No es verdad?
JUAN. (Reprimiéndose.) (¡Este muñeco
va á hacer que yo el mejor dia
le retuerza aquí el pescuezo!)
EMILIO. Ya espero á usted.
JUAN. ¿Sí?... ¡Pues hijo,
si usted forma un gran empeño!...
EMILIO. Le escucharé como un sordo,
(Riéndose estúpidamente.)
porque de fijo... preveo
que será algun sermoncito.
JUAN. (Remedándole.)
¿Un sermoncito, eh?...
EMILIO. ¿No es cierto?
¡Hombre, hombre!... Me parece
que está usted hoy más risueño
que otros dias.
JUAN. ¿Con que estoy?...
EMILIO. Sí, señor: más satisfecho.
JUAN. Pues...
EMILIO. ¡Jí, jí, jí! La que á mí
se me escape.
JUAN. (Con seriedad, dando media vuelta.)
Pronto vuelvo.

(Si estoy más aquí, se queda
sin bautismo este muñeco.)

EMILIO. ¿Se ha puesto usted malo?

JUAN. (Repirmiéndose.) ¿Yo?...
Creo que sí.

EMILIO. Pues lo siento:
¿y qué le digo á mi tio
cuando salga?

JUAN. Que no tengo
paciencia para sufrir
bromitas de un embeleco. (Vase por el foro.)

ESCENA X.

EMILIO, despues CARMEN.

EMILIO. ¡Canastos! ¡Se me figura,
si mal no he entendido, que eso
lo dice por mí!.. ¡Es que yo
no aguanto!... ¡Pues está bueno
que todos aquí me traten
como á un chiquillo!... ¡Confieso
que me voy cargando!

CARMEN. (Desde la puerta de la derecha.) Emilio,
Emilio.

EMILIO. Yo no consiento...

CARMEN. (Entrando)
¿Se ha marchado ya don Juan?

EMILIO. (Enfadado.)
Sí.

CARMEN. ¿Qué tienes?

EMILIO. (Con naturalidad.) Que me he puesto
furioso.

CARMEN. ¿Por qué?

EMILIO. ¿Por qué...
Díme, ¿soy yo un embeleco?

CARMEN. ¿Qué es un embeleco?

EMILIO. Un mono
ó cosa así.

CARMEN. (Fijándose mucho en Emilio.)
Yo no veo...

¡Quiá.... ¡No!... El que todas las tardes
trae el del organillo, cierto,
no tiene como tú, talma,
ni corbata, ni sombrero.

EMILIO. Pues don Juan me lo ha llamado.

CARMEN. (Dudando.)
Entónces...
(Con inocente resolucion.)
Yo no lo creo.

EMILIO. ¡Si otra vez vuelve con esas!...
Me habia dicho allá dentro
tu papá que me esperaba
para hablarme, y en vez de eso
se va, insultándome así;
y yo no sufro...

CARMEN. Me alegro
que se haya marchado.

EMILIO. Sí,
pero...

CARMEN. Está siempre tan serio
que me gusta más estar
contigo.

EMILIO. Sólo por eso
le perdono.
(Variando de entonacion.)
Porque yo
tambien... no sé lo que siento
cuando nos dejan solitos.

CARMEN. (Acercándose á Emilio con mucho misterio, despues de ver que nadie les observa.)
¡Chist! ¿Me vas á hablar de aquello?

EMILIO. ¿De qué? ¡Ah! sí: si tú quieres...

CARMEN. Pero bajo.

EMILIO. Por supuesto.
(¡Jí!... ¡Qué calavera soy!)
(Se sientan los dos muy juntitos.)

CARMEN. Quedamos...

EMILIO. Ya, ya me acuerdo.
El entraba en el jardin
por las noches, en secreto;
y ella... abria con sigilo
la reja.

CARMEN. ¡Jesus!... ¡Qué miedo!...
EMILIO. Daba tres palmadas, y él
se acercaba.
CARMEN. ¿Y luégo?
EMILIO. Luégo
se decian mil ternezas,
y mil amantes requiebros,
y qué sé yo cuántas cosas:
despues... con mucho silencio,
ella sacaba la mano
y él...
CARMEN. ¿Qué hacia?
EMILIO. Darla un beso.
CARMEN. (Bajando los ojos.)
¡Jesus!... ¡Qué pícaro!... ¿Y ella
se dejaba?
EMILIO. ¡Ya lo creo!
Si eso ya entre los amantes
no es pecado.
CARMEN. ¿No?
EMILIO. No.
CARMEN. ¿Y luégo,
qué es lo que pasó?
EMILIO. Despues
formaron el gran proyecto
de escaparse, porque el padre
era un señoron muy terco
que la queria casar
á la fuerza con un viejo
muy rico.
CARMEN. ¡Qué picardía!
EMILIO. (Con intencion.)
¿No es verdad que es novelesco
el lance?
CARMEN. Mucho que sí.
EMILIO. ¿Te gusta?
CARMEN. Pues ya lo creo.
EMILIO. Si tú quisieras... Carmela.
CARMEN. ¿Qué?
EMILIO. Que nosotros podemos
hacer lo mismo.
CARMEN. Es verdad;

pero nos falta...

EMILIO ¿El qué?

CARMEN. El viejo.

EMILIO. Oye; tu papá está ahora
hablando con un maestro
que viene á darme leccion
de todo; será muy feo,
como es natural; pues bien:
á ese buen señor le hacemos,
sin decirle una palabra,
que haga las veces del viejo.
Tu habitacion da al jardin;
yo por las noches me acuesto
solito; me citas tú
y yo voy á verte, y luégo...

CARMEN. Pero ¿y si mamá lo sabe?
¡Me va á reñir!

EMILIO. Ya lo haremos
de manera que ninguno
se entere. ¿Aceptas?

CARMEN. Veremos.

EMILIO. Tú serás mi Laura, y yo
tu Roger.

CARMEN. ¿Y el otro el viejo?

EMILIO. Sí; yo te daré una flor...

CARMEN. (Con inocente intencion.)
Bien; pero oye: ¿lo del beso
no; eh?

EMILIO. ¿Por qué?

CARMEN. (Ruborizada.) Porque no.

EMILIO. ¡Bueno, lo suprimiremos!

CARMEN. (Viendo á doña Mercedes, que aparece en la puerta de la derecha.)
¡Calla, que sale mamá!

MERC. (Desde la puerta.)
¡Los dos juntitos!... ¡Me alegro!

ESCENA IX.

DICHOS. DOÑA MERCEDES.

MERC. (Dirigiéndose á Emilio, que se separa del lado de Cármen.)
Veo que usted se propasa.
EMILIO. ¡Yo!... ¿Por qué?
MERC. (A Cármen.) ¿Qué te decia
Emilio?
CARMEN. (Mirando á Emilio.)
¿A mí?
EMILIO. (Con aturdimiento.) Nada, tía;
que ya estaba el viejo en casa.
MERC. ¿Qué viejo?
EMILIO. (Desconcertado.) Quiero decir...
el maestro.
MERC. Es que cuidado
con lo que se dice.
EMILIO. (¡He dado
un traspiés!)
MERC. Debo advertir
que es, por si lo ignora usté,
un bellísimo sugeto,
á quien tendrá usté el respeto
que á su tio.
EMILIO. Así lo haré.
MERC. Aunque es jóven, acreedor
es á todo miramiento
por su elevado talento.
EMILIO. Respetaré al profesor;
lo prometo.
MERC. Bien está:
veremos cómo se porta.
CARMEN. (Bajo á Emilio.)
(¿Lo ves?... ¡Si es jóven!)
EMILIO. (A Cármen.) (No importa.)
MERC. ¿Qué es eso?
CARMEN. Nada, mamá.
EMILIO. (Riéndose maliciosamente.)
(¡Si supiera!...)
MERC. ¿Se marchó

don Juan?

EMILIO. (Con ridícula seriedad.)
Hace media hora.

MERC. ¿Media hora?

EMILIO. Sí, señora:
por cierto que me insultó
al despedirse.

MERC. ¿A tí?

EMILIO. ¡A mí!
¡Y con un tono muy seco!

CARMEN. ¡Dice que es un embeleco!

MERC. ¿Don Juan?

EMILIO. Sí, señora, sí.

MERC. Algun motivo habrás dado;
porque él es muy comedido.

EMILIO. Lo será; pero él se ha ido
despues de haberme insultado;
¡que si pienso ántes en ello!...

MERC. ¡Emilio!...

CARMEN. Tiene razon,
mamá.

MERC. ¡Niña!

EMILIO. (¡La cancion
de siempre!) Si me querello
es con justa causa.

MERC. Bien,
pues cállate; ya habrá modo
de que yo lo sepa.

EMILIO. (¡A todo
hemos de decir amen!)

MERC. Tu tio viene.

EMILIO. (¡Manía
más rara!)

MERC. Vamos á ver
si empieza usted por hacer
alguna majadería.

EMILIO. Bueno.

MERC. Mucha sumision;
que aquí nadie se rebela.

EMILIO. (¡Pues, como un chico de escuela
cuando va á dar la leccion!
¡Eso de tratarme así

les va á salir á la cara
un dia!... ¡Si no mirara
que es mi tia!...) (Se dirige hácia el foro.)

MERC. Quieto ahí

EMILIO. (Cuadrándose.)
Firmes, ar.

MERC. ¡Me desespero!...
¿Empieza usté ya á jugar?

CARMEN. ¡Y sabe el paso!...

MERC. ¡A callar!

CARMEN. ¡Como va á ser artillero!

ESCENA XII.

DICHOS. CÉSAR y D. ANTONIO, que salen hablando por la puerta de la derecha.

ANT. (A César.)
Pues bueno; cuando usted quiera:
desde mañana...

CESAR. Corriente.

ANT. (Presentándole á Emilio.)
Este jóven es...

EMILIO. (Cuadrándose.) (Presente.)

ANT. Mi sobrino.
(Bajo á César.) ¡Un calavera!

CESAR. (Sonriendo maliciosamente al ver á Emilio.)
¿Sí, eh?... (¡Ya!)

ANT. (A Emilio.) Este caballero
viene á ser tu profesor
desde mañana.

CESAR. (Dando la mano á Emilio.)
En rigor...
su buen amigo.

ANT. Yo espero
que cumplirás sin desvío
tu deber.

CESAR. Así lo hará:
yo aseguro que será
el orgullo de su tío.

MERC. (¡Qué talento! ¡Me enagena!)

ANT. (Presentándole á Cármen.)
Mi hija.
MERC. ¡Una niña!
ANT. Sí tal.
CESAR. (A doña Mercedes, despues de haber saludado cariñosamente á Cármen.)
¡Es un tipo angelical!
¡Doy á usted la enhorabuena!
CARMEN. (Mirándole á hurtadillas.)
(¡Qué amable es el profesor!)
EMILIO. (¡Pues no es tan feo el maestro!)
MERC. (Á don Antonio.)
(¡Es tan fino como diestro!)
ANT. (A doña Mercedes, señalando la frente.)
(¡Y de aquí!... ¡Qué... ni un doctor!
¡Hemos hallado una mina!)
CESAR. (Á Emilio.)
Con que, amigo mio, ¿vamos
á estudiar mucho, eh?... Seamos
hombres de peso!
(Mirando á Cármen.) (¡Hum! ¡Divina
criatura!... Me conviene.)
EMILIO. (A César.)
Prometo á usted...
CESAR. (Volviéndose maquinalmente hácia él.)
Sí...
EMILIO. Que haré
cuanto pueda.
CESAR. Ya lo sé.
(Con marcada intencion mirando á Cármen.)
(Y yo tambien.)
ANT. (A doña Mercedes.) (¡Si me tiene
encantado!)
CESAR. (Satisfecho.) (Bien va el plan.)
CARMEN. (¡Cómo me mira!)
ANT. (A doña Mercedes.) (¡Es un pozo
de ciencia!)
CARMEN. (¡Y es un buen mozo!
¡Me gusta más que don Juan!)

ESCENA XIII.

DICHOS. JUAN por el foro derecha con dos devocionarios de lujo en la mano; despues RAMON.

JUAN. (Entrando.)
Ya estoy de vuelta.
CESAR. (¡Maldita
la falta que hacias!)
(Juan entrega los devocionarios á doña Mercedes.)
MERC. (Á Juan.) ¡Cuánto
siento que usted se incomode!
JUAN. ¡Incomodarme!... Al contrario.
(A Cármen, que habrá cogido uno.)
¿Le gusta á usted?
CARMEN. ¡Qué bonito!...
¡Y tiene cantos dorados!
CESAR. (Muy grave á Juan.)
Tiene usté acaso comercio...
JUAN. ¿De qué?
CESAR. (Señalándolos.) ¿De devocionarios?
JUAN. (Muy serio.)
No señor.
CESAR. No... Lo decia
porque tenia un encargo
de una señora...
ANT. Pues nadie
mejor que don Juan...
JUAN. (¡Canastos!)
ANT. Puede acompañar á usted.
CESAR. (Con ironía.)
¿Es usted aficionado...
á compras?...
JUAN. (¡Me estoy luciendo!)
ANT. Conoce Madrid á palmos.
CESAR. (A Juan.)
Acepto con sumo gusto
su ofrecimiento.
JUAN. (A César.)
Si en algo

puedo servirle...

CESAR. Mil gracias.

JUAN. (Bajo á César.)
(¡Ya verás la que te he armado.)

CESAR. (Mirando á Juan con detencion.)
¿Se siente usted mal, don Juan?

JUAN. (Sorprendido.)
¡Yo!... ¡No!... Es que estaba pensando...

MERC. (Mirándole.)
En efecto...

CESAR. Sí, no hay duda;
esa cara... usté está malo.

JUAN. (Con aturdimiento.)
No... no, señor.

CESAR. Me parece...

ANT. Don Juan, debe usted ser franco.

JUAN. No; si... la...

EMILIO. (Bajo á Juan.) (¿Ya sabe usted
deletrear?... Pues ya es algo.)

CESAR. Retírese usted, don Juan.

JUAN. (Cargado.)
(¡Hombre!)

CESAR. El tiempo está muy malo
y no se debe jugar
con la salud.

ANT. Eso acaso
no será nada, y si usted
lo descuida...

JUAN. (¡Voto al chápiro.)
Pero, señores, si yo
estoy bien.

CESAR. Haga usted caso
de lo que le dicen.

JUAN. (¡César!...
¡No me pinches más, que estallo!)

CESAR. ¡Bien, si está usted ya mejor!...

JUAN. Sí señor.

ANT. Sin duda el cambio
de temperatura...

JUAN. Eso
habrá sido.

CESAR. No es extraño.

JUAN. (Volviéndose hácia César.)
Con que el señor es el digno
profesor...

ANT. Recomendado
por mi amigo Palma: yo
como, la verdad, no salgo
de mis negocios, no entiendo
más que de cuentas, y es claro,
no queria obrar á ciegas
en este asunto. (A César.) Aquí, en cambio,
don Juan es hombre instruido,
y le dará á usted más datos
sobre los estudios que hizo
mi sobrino hace dos años.

JUAN. Con mucho gusto.
(Volviéndose hácia César.)
¿Qué método
sigue usted de los usados
para el griego?

CESAR. ¿Yo?..

JUAN. Sí.

CESAR. Yo...
yo sigo el método... práctico.

JUAN. No le conozco.

CESAR. (Ni yo.)

JUAN. ¿Y qué autor?..

CESAR. ¡Psch!.. ¡Son tan malos
todos!

EMILIO. Tiene usted razon.

JUAN. Pero alguno...

EMILIO. El de Lozano
dábamos nosotros.

CESAR. ¡Justo!..
ese es el que es ménos malo.
(No le he visto por el forro.)

JUAN. ¿Y en matemáticas?

CESAR. Hago
lo mismo: la explicacion
es... (metámoslo á barato)
la que, segun la experiencia,
da hoy mejores resultados
en la enseñanza: á los jóvenes

se les descarga algun tanto
de esas lecciones pesadas,
y...

JUAN. Pues yo opino...

CESAR. (Interrumpiéndole.) No trato
de probar que, en absoluto,
se siga el método... práctico;
hay algunas escepciones!..
(Fijándose en el piano.)
¡Oh!.. ¡Magnífico piano!
¿Tal vez esta señorita
se dedica al dulce encanto
de la música?

JUAN. (¡Habrá pillo!)

ANT. Aun no; pero le he comprado
con ese objeto.

CARMEN. Y ya pronto,
desde primeros de año,
empezaré á dar leccion.

CESAR. (¿Es decir, que no ha empezado?
Bien; procuremos sacar
partido de todo.)

MERC. ¡El canto
es su pasion favorita!...

EMILIO. ¡Y tiene una voz!...

CESAR. Lo aplaudo.

JUAN. (A César.)
¿Y usted... no canta tambien?

CESAR. (A Juan.)
¡Yo!... (Sólo canto en la mano.)
No señor... lo que es cantar
no; pero hace algunos años
fué la música mi único
patrimonio.
(Todos le escuchan con cierta admiracion.)
No es extraño:
mi padre fué un profesor
de los más notables; tanto,
que llegó á formar escuela
con sus notables trabajos.

JUAN. (A César con ironía.)
¿Y qué instrumento tocaba

su buen padre? El contrabajo,
el órgano, el violin,
ó...

CESAR. (A Juan.)
(¡Tú sí que estás tocando
el violon!) Poseia,
como buen maestro, varios;
pero era más conocido
como pianista.

ANT. ¡Cuánto
me alegro!... Y usted tal vez...

CESAR. Estudié con él diez años,
y seguí su profesion,
hasta que al fin tomé el grado
de...

JUAN. ¿De bachiller en lenguas?

CESAR. ¡Justo!

EMILIO. (¡Por eso habla tanto!)

CESAR. ¡Oh!... De mi antigua carrera
tengo recuerdos muy gratos!...
Gaztambide, Arrieta y otros,
dieron sus primeros pasos
conmigo en el noble arte
que hoy profesan.

ANT. ¿Sí?

JUAN. (¡Canastos!)

ANT. ¡Hola, hola!...

JUAN. (¡No se puede
mentir ya con más descaro!)

ANT. Pues eso le honra á usted...

CESAR. Mucho.

EMILIO. (Mi maestro es un armario
sin fondo.)

CESAR. Por consiguiente,
si usted cree que mi escaso
conocimiento en la música
puede servirle de algo,
en las primeras lecciones
á esta señorita...

ANT. ¡Y tanto!...

JUAN. (¡Será capaz!...)

CARMEN. (Con alegría.) Sí, papá.

ANT. Confieso á usted que no hallo
palabras para expresarle
mi asombro.

CESAR. (A D. Antonio.) Pues nada, cuando
usted quiera, empezaremos.

ANT. Por mí...

JUAN. ¿Decido yo el caso? (Abriendo el piano.)
El piano espera á usted.

CARMEN. ¡Ay, sí!.. Toque usted un rato.

EMILIO. *La Lucía*, *El Trovador*...
cualquier cosa.

CESAR. (Mirando á todos con aturdimiento.)
¡Yo!...

CARMEN. Sí.

JUAN. (Cogiéndole del brazo.) Vamos,
no se haga usted de rogar.

CESAR. (¡Uf... yo sudo!) (Dando un pellizco á Juan.)
(¡Sardanápalo!)

JUAN. ¡Ay!

ANT. ¿Qué es eso?

JUAN. Nada... nada.

CESAR. ¿Se ha puesto usté otra vez malo?

JUAN. No señor.

ANT. ¿No?... Con franqueza...

CESAR. Usté está muy delicado,
don Juan, y opino que debe
retirarse.

JUAN. (Sonriéndose.) ¿Yo? Al contrario;
si estoy como ningun dia:
¿con que vamos al piano?

CESAR. No se haga usted el valiente...
que luégo los resultados...

MERC. ¿Quiere usted algo, don Juan?

JUAN. Gracias, señora; el piano
nos espera.

RAMON. (Desde la puerta del foro.)
La señora
baronesa del Amparo.

MERC. Que pase á mi gabinete. (Vase Ramon.)

CESAR. (Uf... respiro: ¡me he salvado!)

MERC. (A César.)
Usted me permitirá...

CESAR. Yo... señora.

MERC. (A Cármen, que estará con Emilio cerca del piano.)
Niña, vamos.

CARMEN. Voy, mamá. (Acercándose á Juan.)
Don Juan, que usted
se alivie.

CESAR. (Conteniendo la risa.)
Ya se ha pasado,
me parece.

MERC. Emilio.

EMILIO. (Acercándose.) Tia.

MERC. (Bajo á Emilio.)
Sube al momento á tu cuarto
á vestirte.

EMILIO. ¿Para qué?
¿Para servir de lacayo?

MERC. Para que acompañes luégo
á esa señora.

EMILIO. ¡Ya!

MERC. Vamos.

EMILIO. Voy: con permiso de ustedes.
(Vase por la izquierda.)

MERC. (Saludándolos.)
Hasta despues. Cármen...

CARMEN. (A César) Cuánto
me voy á aplicar.

CESAR. ¿Sí?

CARMEN. Mucho.

CESAR. Así lo espero.
(Vanse por el foro izquierda doña Mercedes y Cármen.)
(A Juan.) (¡Es *bocato*
di principe!)

JUAN. (De mal humor.) (¿Sí? Me alegro.) (Queda pensativo.)

CESAR. (Y yo, Juan.)

ANT. Con que quedamos
en que mañana...

CESAR. (Mirando con intencion á Juan y cogiendo el sombrero.)
Daremos
principio á nuestros trabajos.

ANT. ¿Se va usté?

CESAR. (Poniendo á Juan el sombrero en la mano.)
Acompañaré

á don Juan.

JUAN. (¿Si estaré malo
de veras?... Creo que sí.)

CESAR. (Con ironía.)
¡Como está tan delicado!...

ANT. Pues saludaré un momento
á esa señora, y abajo
en mi coche esperaré
á ustedes.

CESAR. Muy bien

ANT. Yo salgo
al momento. (Vase por el foro.)

ESCENA XIV.

CESAR, JUAN.

CESAR. (Hoy mismo escribo
á mi tio; que si gano
su voluntad...)

JUAN. ¡Pero César!...

CESAR. Nada te asombre.

JUAN. ¿Has pensado
bien en dónde te has metido?

CESAR. Pues qué, ¿una niña y un párvulo
me van á asustar á mí?
Ademas, no soy tan ganso
que no pueda estudiar griego,
y árabe, y ruso, y polaco,
y cuanto sea preciso,
aunque sea con el diablo.

JUAN. ¿Y la música?

CESAR. Si toco
admirablemente el *tango*
y el *¡Ay, mamá!*

JUAN. ¡Pues entónces!...

CESAR. Con que ya ves si son malos
mis principios. Ademas,
Barbieri me dará un rato
de leccion todas las noches,
pues segun dice un adagio...

JUAN. Sí...
CESAR. Para las ocasiones
son los amigos!...
JUAN. ¡Es claro!
CESAR. (Abrazándole con entusiasmo.)
¡Ay, Juan!... ¡Si eso no es mujer!...
¡Es un ángel que ha bajado
del cielo á hacerme feliz!
JUAN. ¡Chico, chico, qué entusiasmo!
CESAR. No lo dudes; yo estoy loco,
y ántes de ceder un paso,
soy ya capaz de decir
al suegro, si es necesario,
que soy... bajá de tres colas,
con que no te asustes.
JUAN. ¡Malo!
Pero hombre... ¡y yo!...
CESAR. Ten paciencia,
amigo Juanito.
JUAN. ¡Es que hablo!...
CESAR. Aunque hables más que una suegra!
O es mia...
JUAN. Pero...
CESAR. (Saliendo por la puerta del foro.)
¡O del diablo!
JUAN. (Despues de un ligero momento de meditacion.)
¡Oh!... ¡Qué idea!... Voy á casa
de Villalba en cuatro saltos.
¡César es Villalba aquí!...
¡Pues Villalba me ha salvado!... (Vase por el foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EMILIO y CARMEN aparecen estudiando sobre el velador que está al lado de la chimenea.

CARMEN. (Llamándole la atencion.)
Emilio, Emilio.
EMILIO. ¿Qué quieres?
CARMEN. ¿Te sabes ya la leccion?
EMILIO. No; pero me falta poco.
CARMEN. (Repasando su leccion.)
Re, la, mi, do.
EMILIO. (Idem.) *Mu, nu, ro.*
Prima, ya sé hacer el mú!
CARMEN. ¿Y para eso das leccion?
EMILIO. Sí, prima, pero es en griego!
CARMEN. ¡Pues aquí dice *mi, sol!*
¿Quién será mi sol, Emilio?
EMILIO. ¡Toma!... quién ha de ser!... yo!
CARMEN. ¡Sí; tú!
EMILIO. Pues claro.
CARMEN. (Fijándose en el libro que tiene Emilio.)
¿Qué es eso?
EMILIO. Letras
CARMEN. ¡Ay, qué confusion!

EMILIO. ¡Como que está en griego!
CARMEN. ¿Y tú
vas á aprender eso?
EMILIO. ¡Yo!..
Me parece que no.
CARMEN. ¿Y quién
ha escrito eso?
EMILIO. ¡Salomon!
CARMEN. Pero dime, Emilio: ahora,
¿no habla nadie así?
EMILIO. Ya no;
si esta es una lengua muerta.
CARMEN. ¡Ay primo! ¿Y tendrás valor
para andar con cosas muertas?
EMILIO. Eso mismo digo yo:
pero tu papá se empeña
en variar mi inclinacion,
y ya no quiere que sea
artillero; ¡es un error
el quitarle á uno su gusto!
Ayer, al dar la leccion
de historia y geografía,
se lo indiqué al profesor,
y me dijo que él haria
variar su resolucion.
¡Si vieras qué bueno es!
(Con misterio.)
¡Me habló!..
CARMEN. (Con curiosidad.) ¿De qué?
EMILIO. De que yo...
soy un jóven de provecho;
y que... en fin...
CARMEN. ¿El qué?
EMILIO. ¡Que soy
todo un hombre!
CARMEN. Pues á mí...
(Con inocente rubor.)
—no digas nada ¿eh?—me habló
de muchas cosas; me dijo,
pero con mucha expresion,
que tenia buenos ojos...
que era muy bonita... y yo...

lo creí, porque...

EMILIO. ¡Ji, ji!

CARMEN. Como al fin es profesor,
él debe saberlo todo.

EMILIO. ¡Ya lo creo!.. Yo no soy
maestro y lo sé, con que él
ya ves!..

CARMEN. Y tiene una voz
tan clara, que cuando habla
se le entiende todo.

EMILIO. Y hoy,
¿no te ha dicho nada?

CARMEN. Nada;
¡sino he dado la leccion
todavía!

EMILIO. Pues no debe
tardar; porque cuando entró
con tu papá en el despacho,
me dijo: «Al momento voy
á salir; suplico á usted
que vaya estudiando el *ro*».

CARMEN. ¿Y qué es eso?

EMILIO. ¿El *ro?* Otra letra
griega.

CARMEN. ¡Ya!

EMILIO. La única que hoy
se conserva entre las amas
de cria.

CARMEN. ¡Anda!... ¡Qué aprension!

EMILIO. Con que dime...

CARMEN. ¿Qué?

EMILIO. ¿Ensayamos
eso?

CARMEN. ¿El qué?

EMILIO. ¡La escena de hoy:
la de la flor!

CARMEN. (Levantándose.)
¡Ah! sí; empieza:
Voy á cerrar el balcon.
(Figurando mirar hácia la calle.)
¡Ay!

EMILIO. ¿Qué?

CARMEN. Ya está allí el cadete,
paseando al rededor
del cajon de los canarios!
EMILIO. ¿Le has contestado ya?
CARMEN. No.
¡Si no entiendo una palabra
de la carta!...
EMILIO. Déjalo
para luégo: ven ahora.

(Cármen cierra el balcon y se acerca á Emilio, que estará colocando el bastidor de bordar encima del velador.)

EMILIO. Esta es la reja.
CARMEN. Bien.
EMILIO. (Pasando al lado opuesto del bastidor.)
Yo...
á este lado.

(Colocando una silla detras del velador.)

Esta es la fuente
del jardin.
CARMEN. Bueno.
EMILIO. (Retirándose hácia el foro.) Entro, y doy
tres palmadas.
CARMEN. (Haciendo girar el bastidor.)
Y yo... abro
la reja.
EMILIO. ¡Jí, jí!

(Cogiendo una pluma y poniéndosela en el gaban.)

«Esta flor
»sea el emblema querido
»de mi acendrada pasion.

(Acercándose al velador y con afectada entonacion.)

»Laura, Laura...
CARMEN. »Roger mio,
»¿eres tú?
EMILIO. »¿Quién, sino yo,
»puede acercarse á mirar
»el fulgente resplandor
»de esos dos bellos luceros
»que abrasan mi corazon?
»¿Quién, sino yo, dulce prenda,
»imágen viva del sol,
»puede llegar hasta tí.»

CARMEN. ¡Que se tuerce el velador!

EMILIO. (Sin hacer caso.)

«¿Quién, sino yo, vida mia,
»escucha la dulce voz
»de tu sonoroso acento,
»de tu plácida cancion?
»¿Quién, sino yo, ¡ay!... suspira
»por tu amor?... ¿Quién sino yo?
»Abrasada por el fuego
»que arde en mi pecho, esta flor
»sea la fiel mensajera
»de mi vehemente pasion.

(Le da la pluma por entre el bastidor. César aparece en la puerta de la derecha.)

»Depósitala en tu seno,
»y si el destino feroz
»nos separa para siempre,
»ella te hablará de amor.

CARMEN. »¡Roger... mil veces la muerte
»ántes que olvidarte!

EMILIO. »¡Oh!
»Permíteme, Laura mia,
»que en premio de esta pasion
»que arde en mi pecho, en tu mano...»
—saca la mano—«mi amor
»deposite un tierno beso.»

CARMEN. No, no; lo del beso no!

EMILIO. (Cogiéndola la mano por entre el bastidor.)
Es preciso.

CARMEN. Estate quieto.

EMILIO. «¡Laura, Laura!»

CARMEN. Suelta, ó doy
voces.

EMILIO. «¡Laura!»

CÉSAR. (Adelantándose.) ¡Muy bien!

CARMEN. ¡Ah!

EMILIO. (¡El maestro!.. ¡Nos cogió!)

ESCENA II.

DICHOS. CESAR.

CESAR. ¡Quietecitos!.. ¡Que por mí
no se acabe la funcion!
EMILIO. Yo diré á usté, es que Carmela...
CARMEN. ¡Yo no! ¡Diga usted que no,
que ha sido él!
CESAR. ¡Si todo ello
no vale nada!
CARMEN. (¡Yo estoy
temblando!)
CESAR. ¡Puede haber más
inocente distraccion!
Porque supongo que eso
seria... ¡un juego de amor!
De ese noble sentimiento
que engrandece el corazon
y hace de cada hombre un héroe!
EMILIO. ¿Y de cada mujer?
CESAR. Dos.
EMILIO. ¡Ya lo creo! ¡Ji, jí, ji!
(¡Da á las cosas un color!)
CESAR. (A Emilio.)
¡Tengo que reñir á usted!
EMILIO. ¿A mí?
CESAR. ¿Por qué no ha entrado hoy
á ver á su tio? Está
enfadado, y con razon.
EMILIO. ¿Por qué? ¿Porque salí anoche
sin su permiso?... No soy
tan niño que...
CESAR. Vaya usted
á verle, que aquí estoy yo
para defenderle en caso
necesario.
EMILIO. Sí señor;
pero...
CESAR. Ya hablaremos luégo;

¡cuando yo lo digo!...

EMILIO. Voy;
¡ah! ¿Le espero á usted allí?

CESAR. Hoy daremos la leccion
en esta sala.

EMILIO. Está bien;
al momento vuelvo. Adios,
primita; que estudies mucho.

CARMEN. Bien.

CESAR. De eso respondo yo.

(Vase Emilio por la derecha.)

ESCENA III.

CARMEN, CESAR.

CARMEN. (Con temor.)
(¡Me va á reñir!... ¡De seguro!...)

CESAR. (Acercándose.)
Carmencita.

CARMEN. Bien merezco
su regaño, mas le ofrezco
que no lo haré más; lo juro
si es preciso.

CESAR. (Con cariño.) ¡Regañar
yo á usted!... ¿Y con qué derecho?
Ademas, que nada ha hecho
que se pueda censurar.

CARMEN. ¿De veras?

CESAR. Vamos á ver;
¿me contestará usté á todo
lo que la diga, de un modo
franco?

CARMEN. Así lo pienso hacer;
pues sé toda la leccion
de memoria, y sin un punto.

CESAR. Bien; pues vamos al asunto:
présteme usted su atencion. (Se sientan.)
Todo cuanto la rodea
lo ama usted... como ama un niño;
no ve usted otro cariño,
y es preciso que lo vea.
La mujer es una flor

que muy pronto se marchita.

CARMEN. ¡Una flor!.. ¿Y es muy bonita?

CESAR Como el ángel del amor.

CARMEN. No le conozco.

CESAR Lo sé;
por eso la quiero hablar,
porque pronto va á habitar
en su pecho.

CARMEN. (Con admiracion.) ¿Para qué?

CESAR. Para dar vida y aliento
á ese corazon de niño;
para grabar el cariño
más puro del sentimiento.

CARMEN. Y yo, ¿por qué he de sentir
si á nadie daño le he hecho?
¡Ni estoy enferma del pecho,
ni yo me quiero morir!

CESAR. ¡Morir!.. Si es dar nueva vida
de mil encantos cercada!

CARMEN. ¿Qué, la que tengo es prestada?

CESAR. No, pero vive dormida.
Y aunque es verdad que la infancia
ese sueño guarda fiel,
cuando despertamos de él
lloramos nuestra ignorancia.

CARMEN. Si en afligirme se empeña...

CESAR. Hablaré á usted de otro modo. (Pausa.)
¿Qué ama usted hoy?

CARMEN. Yo... amo todo
lo que Cristo nos enseña.
Amo á Dios, porque á Él le debo
cuanto soy y cuanto valgo;
amo á mis padres... y algo
á Emilio tambien.

CESAR. Apruebo
tan santo amor, pues Dios mismo
le grabó en su corazon:
¿pero nunca otra pasion...
otro amor... que el Catecismo
no enseña, por otro alguno
no ha sentido usté?

CARMEN. (Recordando.) Ese amor...

yo creo que no señor;
no, no señor, á ninguno.
¡Ni creo que exista un sér
comparado con los dos!..
¡Como á mis padres y á Dios,
á quién puedo yo querer!..

CESAR. Grande es ese amor, lo sé;
pero... ¿jamas ha sentido
otra voz dulce en su oido
que haya conmovido á usté?
¿Que en su infantil alegría
le haya hecho á usted olvidar
sus juegos, y suspirar
por quien su amante creía?
Emilio...

CARMEN. Nunca he sentido
eso por él!...

CESAR. ¿No?... ¡Qué escucho!...

CARMEN. Y le quiero mucho... mucho;
como siempre le he querido.

CESAR. Nada en ello hay que me asombre:
Emilio, al fin, es un niño,
y ese amoroso cariño
se fija siempre en el hombre.
(Marcando ya mucho su intencion.)
En quien sepa comprender
todo su inmenso valor;
que amor es grande, y amor
es tan sólo la mujer.

CARMEN. (Con inocente rubor.)
Yo sólo sé...

CESAR. ¿Qué?

CARMEN. ¡Me da
mucha vergüenza ya!

CESAR. Acaso
sin motivo.

CARMEN. Es que es un paso...
(Con ligereza, despues de una breve pausa.)
Yo no sé lo que querrá;
¡nunca le he hablado!..

CESAR. ¿A quién?

CARMEN. Es

un cadete, que me vió
cuando papá me llevó
al teatro: esto hace un mes
ó más! Pues desde esa noche
siempre con Emilio va;
y si salgo con mamá,
vayamos á pié ó en coche,
en todas partes le hallamos
haciendo unas contorsiones
y unos gestos!.. ¡Los cordones
son muy bonitos!

CESAR. Bien; vamos...
por partes: ¿qué más?

CARMEN. (Con temor.) Ayer...

CESAR. ¿Sepamos qué hizo el cadete?

CARMEN. (Sacando una carta del bolsillo.)
Me dió Emilio este billete
de su parte.

CESAR. ¡Oh!... ¡Eso es hacer
las cosas en regla!... ¡Bravo!...
¿Y qué dice el atrevido
guerrero?

CARMEN. Yo no he entendido
nada: tome usted.

CESAR. (Leyendo.) «Acabo
»de formar ya por entero
»mi resolucion; si usté
»me ama, hoy mismo le hablaré
»á su papá, pues la quiero
»desde la hora en que la ví.»
¡Se explica el niño!

CARMEN. Confieso
que no sé qué hacer con eso.

CESAR. Pero... ¿usted le quiere?

CARMEN. (Con inocencia.) A mí...
me parece que no.

CESAR. (Con satisfaccion.) Todo
se arreglará... lo mejor
que se pueda.

CARMEN. ¿Y ese amor,
que ahí explica de otro modo,
es malo?

CESAR. Aunque causa daños
á veces, es solamente
un pasatiempo inocente
propio de los pocos años.
El amor que yo he querido
pintar á usted... no se enseña!
(Cármen baja ruborizada los ojos ante la expresiva mirada de César.)
Se siente... ó es muy pequeña
el alma!
CARMEN. (Levantándose.) Ya he comprendido.
CESAR. ¡Oh!... ¡Feliz, feliz aquel
que en su tierno corazon
pueda encerrar su pasion!
CARMEN. ¡No sea usted tan cruel
conmigo!... ¿Por qué enseñar
sabe usté esas cosas?
CESAR. Yo...
CARMEN. Si amar es sentir... no, no,
no quiero saber amar.
(Vase corriendo por la izquierda.)

ESCENA IV.

CESAR.

¡Pobre Juan!... ¡Aunque te asombre,
mi triunfo entero reclamo!
Vi y vencí; César me llamo:
¡he honrado mi augusto nombre!

ESCENA V.

CESAR y EMILIO que sale muy compungido por la puerta de la derecha.

CESAR. ¿Qué es lo que le pasa á usted?
¡Qué cara tan compungida!
¿Ha habido algun pelucon?
EMILIO. ¡Sí señor; los buenos dias

de mi tio, casi siempre
son con bombo y campanillas!
Si no hubiese entrado...

CESAR. ¡Hombre,
si tambien se insubordina
usted!... Y luégo, esas cosas
se piensan más, se meditan
con más juicio: el escaparse
así de casa...

EMILIO. Es que...

CESAR. Indica
poco tacto.

EMILIO. ¿Y qué he de hacer?
Yo no soy ninguna niña
para estar siempre pegado
á las faldas de mi tia.

CESAR. ¡Sí, está bien!... Pero se busca
un pretexto que nos sirva
de defensa.

EMILIO. Sí, ya baja;
aunque dijera que iba
por la Bula! ¡Si otra vez
me trata como hoy!...

CESAR. (Con marcada intencion.) Su prima
le consolará despues...

EMILIO. ¿Quién,
Cármen? ¡Pues si las riñas
que tengo son casi todas
por ella!

CESAR. ¿Sí?... Yo creia...

EMILIO. No señor; la quiero mucho,
pero, al fin, es una niña
y... me compromete.

CESAR. ¡Hola!
Con que usted...

EMILIO. La dije un dia,
en confianza se entiende,
un secreto... y en seguida
se lo contó á su mamá.

CESAR. Es claro, usted la diria
alguna cosa... algo verde...

EMILIO. ¡Quia!... No.

CESAR. Alguna expresioncilla
de amor tal vez...
EMILIO. No, tampoco.
CESAR. ¿Que no? ¡Vamos!
EMILIO. (Con gravedad.) ¡Si mi prima
es una niña!
CESAR. ¡Ah! ¡Ya! ¡Es cierto!
¡Su edad de usted le desvia
de esos juegos infantiles!...
Y si juega con su prima
alguna vez, lo comprendo,
es tan sólo con la mira
de distraerla un momento,
de sostener la alegría
propia de sus pocos años.
Un jóven... como usté, aspira
ya á otras cosas.
EMILIO. ¿No es verdad?
¡Ji, ji, ji!
CESAR. ¡Calaverilla!
Vamos... ¿qué hay? Yo no he de ir
á contárselo á su tía
como la primita.
EMILIO. (Con temor.) Sí,
pero...
CESAR. ¿Qué?
EMILIO. Yo sentiria
que usted...
CESAR. ¿Vaya á regañarle
como el tio?... Es poco digna
de mí esa suposicion;
ademas, si bien se mira,
¡usted... es ya todo un hombre!
EMILIO. (Mirándose.)
Sí, señor; y no debia
sufrir...
CESAR. ¡Claro está!
EMILIO. Que nadie
me tratase...
CESAR. ¡Sí eso indigna!
EMILIO. ¡Como á un chiquillo de escuela!
Me alegro que usted me diga

esas cosas, porque ya
no sufro ni que mi tía
me ponga una mala cara.

CESAR. ¡Hombre!...

EMILIO. ¡A la primera riña
hago una barbaridad!

CESAR. Eso es una tontería;
¡si no hay motivo para eso!
Confíese usté á mí, y siga
mis consejos.

EMILIO. Sí, señor,
los seguiré.

CESAR. Bien. (Breve pausa.) Su prima
de usted, decia, si mal
no recuerdo...

EMILIO. (Bajando la voz.) Sí; que un dia
la dije, pero en secreto,
que...

CESAR. ¡Vamos!... ¿Que alguna niña
de veinte á treinta... eh?

EMILIO. ¡Ji, ji!

CESAR. Bien, hombre, bien.

EMILIO. Que la víspera
de Carnaval me encontré
una jóven muy bonita...
que iba sola. Yo la dije,
por detras, que era muy linda.

CESAR. Y ella...

EMILIO. Volvió la cabeza,
me dirigió una sonrisa,
y yo... la seguí; despues...
la hablé.

CESAR. ¡Ya!

EMILIO. Y me dió una cita
para aquella misma noche,
en su casa.

CESAR. ¡Ola!

EMILIO. Vivia
con una tia muy vieja
en la calle de Sevilla.

CESAR. (¡Dios te ilumine, hijo mio!)
¿Y usted acudió á la cita?

EMILIO. Claro está.
CESAR. Con que una jóven...
EMILIO. Muy gruesa.
CESAR. ¡Ya!... madurita.
EMILIO. Me dijo que me adoraba,
y que el amor que leia
en mis ojos hácia ella
era su mayor delicia.
En fin, despues de algun tiempo,
hablamos de mi familia,
y me dijo, con acento
apasionado, que huiria
conmigo hasta el fin del mundo!
CESAR. ¡Bravo!
EMILIO. Que ella era muy rica,
y que en premio de mi amor...
CESAR. Vamos...
EMILIO. Que se casaria
conmigo.
CESAR. (¡Agua va!) ¡Eso sí
que se llama una conquista!
Pero usté...
EMILIO. Anoche la ví,
despues de catorce dias
de ausencia, y me repitió
lo mismo.
CESAR. Pero á su prima
confió usté...
EMILIO. Todo no;
yo la dije que tenia
una novia en esa calle,
y que... en fin, si aquí seguian
tratándome como á un chico,
que me escapaba.
CESAR. Y su prima
de usted...
EMILIO. Se lo refirió
letra por letra á mi tia.
Pues por eso es justamente
por lo que he estado estos dias
encerrado.
CESAR. Pues bien: yo

tomo á usted bajo mi egida;
pero ha de hacer con sigilo
todo cuanto yo le diga.

EMILIO. Sí, señor.

CESAR. (Bajando la voz.) ¿Conoce usted
un cadete que en la esquina
de esa calle está de guardia
casi siempre?

EMILIO. ¡Ah! Sí, Mantilla,
que está muy enamorado...

CESAR. ¿De quién?

EMILIO. ¿De quién? De mi prima;
pero no diga usted nada.

CESAR. Bien; pues esta tarde misma
le dice usted, como cosa
suya, que haga una visita
al tio, y lė pida en regla
la mano de Carmencita.

EMILIO. ¡Qué dice usted!

CESAR. Es el único
medio de que se consiga
nuestro objeto.

EMILIO. Bueno.

CESAR. ¿Usted
dice que no ama á su prima?

EMILIO. No, señor, amo á...

CESAR. Ya estoy:
por eso quiero que diga
eso á su amigo el cadete;
pero sin que se aperciba
nadie!

EMILIO. Por supuesto.

CESAR. Así
será cosa muy sencilla,
ya para mí, el proteger
á usted en esa intriguilla...
inocente.

EMILIO. ¡Jí, jí!... Así
lo haré.

CESAR. Bueno; y si la tia
le riñe otra vez...

EMILIO. (Con rapidez.) ¿Me escapo?

CESAR. (Pensativo.)
¡Chist!... Primero se medita
bien lo que se debe hacer.
EMILIO. Usted me dirá.
CESAR. Si hay riña
se va usted...
EMILIO. ¿Dónde?
CESAR. A mi casa;
pero sin que la primita
lo sepa.
EMILIO. ¿Y podré allí ver
á mi novia?
CESAR. Sí; en seguida.
EMILIO. Me parece que muy pronto
me va á regañar mi tia.
CESAR. (Mirando á la puerta de la izquierda.)
Aquí viene: mucho juicio,
que aquí estoy yo.
EMILIO. Bien.

ESCENA VI.

DICHOS. DOÑA MERCEDES por la izquierda.

CESAR. (Con gravedad cómica.) La misma
leccion de hoy para esta tarde;
es preciso repetirla,
porque es muy difícil.
EMILIO. Bueno.
(¿Hago ahora que me riña?)
CESAR. (A Emilio.)
(¡Hombre, no!... Déjelo usted
para luégo.)
EMILIO. (¡Es que me pinchan!)
MERC. ¿Habré venido á estorbar
tal vez?
CESAR. Nada de eso; habia
concluido ya por hoy
la leccion.
MERC. ¿Y qué, se aplica?
Será quizá un holgazan

como siempre.

EMILIO. (A César.) (¡Esta es la mia!
La suelto?)

CESAR. (Deteniendo á Emilio.)
Al contrario: espero
que si su bien examina
y sigue como hasta aquí,
alcanzará en breves dias
su objeto.

MERC. Mucho lo dudo;
como no tiene ni pizca
de juicio, temo que al fin
le aburra á usté y no consiga
nada de él.

EMILIO. (A César.) (¿La suelto?)

CESAR. (Deteniéndole.) Creo
que su inexperiencia misma
me puede servir de mucho
en mi plan.

MERC. Si usted lo afirma...

CESAR. Lo afirmo: me servirá. (Dirigiéndose á Emilio.)
Ahora...

EMILIO. (¿Ahora?)

CESAR. Convendria
que repasase usté un rato
la leccion.

EMILIO. Voy en seguida.

(Aparece D. Antonio en la puerta de la derecha.)

CESAR. Despues... veremos si usted
se porta.

EMILIO. (Con marcada intencion de amenaza.)
Hasta luégo, tia.

(Vase por el foro izquierda.)

ESCENA VII.

CESAR, DOÑA MERCEDES, D. ANTONIO.

MERC. ¡Si no tuviera tan mala
cabeza!...

ANT. ¡Es un tronerilla
que nos da muchos disgustos!

MERC. Como usted no le corrija
con sus consejos, de fijo,
va á llegar muy pronto el dia
en que ninguno en la casa
pueda con él.

CESAR. Si él se fija
bien en mis lecciones, creo...
que hará carrera.

ANT. Cuando iba
á estudiar al Instituto,
griego y latin no aprendia;
pero en puro castellano,
segun tuve yo noticias,
conjugaba el verbo amar
con todas las que veia.

CESAR. ¡Niñadas sin fundamento!...
Ya verá usted cómo olvida
esas locuras.

ANT. Yo creo
que las malas compañías
son causa de todo!

MERC. Aquí,
ya lo ve usted, nadie pisa
los umbrales de esta casa.

ANT. ¡No señor, nadie!

MERC. ¡A la vista
está!

ANT. Y ademas, sabiendo
que no tenemos más hija
que Cármen... y como dicen
por ahí si es rica ó no es rica...
(Fijándose con naturalidad en César.)
y hay tanto pillo en Madrid!...

CESAR. (Con gravedad.)
Eso es verdad.

ANT. ¡Quién evita
que el dia ménos pensado
hubiera venido un quídam
y... en fin, ya me entiende usted.

CESAR. Sí señor; soy de la misma
opinion.

ANT. ¡Pues ya lo creo!

La educacion de mi hija
y de mi sobrino Emilio,
ha hecho que sea una ermita
cerrada esta casa.

MERC. Solo
don Juan, á quien se le mira
más bien que como á un amigo
como á uno de la familia,
es quien, como usted ha visto...

CESAR. Está aquí siempre; ¡oh!... se explica
perfectamente.

MERC. Su madre
me conoció á mí muy niña...

ANT. (Con oportunidad.)
Con que ya ve usted si es larga
la fecha.

MERC. (Con inquietud.)
No lo decia
precisamente por eso.

CESAR. Ya he comprendido: una amiga
de la infancia es un recuerdo
histórico, que se olvida
difícilmente.

MERC. Eso es.
Mi marido nunca habia
pensado en establecer
esta marcha; pero iba
creciendo Cármen, y yo,
viéndola ya granadita,
dispuse este plan, y estoy
muy satisfecha y tranquila.
¡La reclusion es el todo!..

CESAR. Señora, nada me admira;
pues desde el momento mismo
en que escuché su erudita
conversacion, conocí
su talento: ¿usted seria
tal vez la que recordó
á su esposo que autoriza
el Gobierno la enseñanza
doméstica?

MERC. Es cierto.

CESAR. ¡Digna
idea de usted!
MERC. Mil gracias.
ANT. Muchos disgustos se evitan
con eso.
CESAR. Sí señor, muchos.
ANT. Dar una carrera digna
á un jóven, sin exponerle
á que escuche, ni á que siga
malos consejos.
MERC. Y á que haya
quien le enseñe picardías
y le abra los ojos.
ANT. ¡Digo,
y que hoy no hay tunos!.. ¿No opina
usted como yo?
CESAR. (Con gravedad cómica.) ¡Los hay,
sí señor; en cada esquina,
en su propia casa, encuentra
uno cada petardista!...
MERC. Por eso aquí nadie entra.
ANT. ¡Nadie... no señor; ni hormigas!
CESAR. ¡Pues sino, con el descaro
que hoy tienen!...
ANT. Y no es mi hija
solamente la que exige
este método de vida.
Como he dicho á usted, Emilio
se ha de casar con su prima...
por razones especiales.
CESAR. Ya comprendo.
ANT. Carmencita
no ve más jóven que á él:
él no ve más que á su prima;
pues claro está que él y ella
se han de enamorar el dia
ménos pensado!
CESAR. ¡Está claro!
Esa es una regla fija:
cuando no hay donde elegir...
ANT. Pues á pesar de esa rígida
vigilancia, en poco estuvo

dar con toda esa doctrina
al traste.

MERC. Sí señor.

CESAR. ¡Hola!

MERC. Fué sólo una tontería;
pero pudo traer malas
consecuencias.

CESAR. ¿Una intriga
amorosa, eh?

ANT. No sé cómo
ni dónde vió á una individua
que le levantó de cascos.

CESAR. ¡Pero eso concluiria
muy pronto!..

MERC. No señor; hace
tan sólo unos cuantos dias
que desistió, al parecer,
de sus pretensiones...

CESAR. Hijas
de la inexperiencia.

ANT. Sí;
pero que al fin destruia
mi plan!.. Pues si se atrevió
á decirme que se iba
á casar si yo le daba
mi permiso.

CESAR. ¡Tonterías
de muchacho!...

MERC. Yo tal creo,
y por eso estoy tranquila;
ademas, usted ahora
con esas sanas doctrinas
que profesa, distraerá
su atencion, y hácia su prima
dirigirá su cariño.

CESAR. (Cogiendo el sombrero.)
Lo intentaré.

ANT. ¿Se retira
usted ya?

CESAR. Tengo que dar
tambien leccion á otra niña,
de historia... contemporánea,

en tanto que Carmencita
repasa la suya: pronto
volveré.

ANT. (Acompañándole hasta la puerta.)
Y esa intriguilla
de Emilio cree usted...

CESAR. Corre
de mi cuenta el que desista
de esos devaneos.

ANT. Gracias,
don Federico.

(Vase César por el foro.)

ESCENA VIII.

DOÑA MERCEDES, D. ANTONIO.

ANT. ¡Qué mina!
¡Con tan buen amigo tienen
todo cuanto necesitan
para una buena instruccion
Emilio y mi Carmencita!

MERC. ¡Qué penetracion!... ¡Qué pronto
conoció que yo tenia
mucho talento!... (Breve pausa.)
Si él
se interesase en la dicha
de Cármen... nadie mejor
puede hacer que de su prima
se enamore Emilio: eso
es en lo que tú debias
fijarte más.

ANT. ¡Sí, que yo
no le he dicho en la entrevista
que hoy hemos tenido, que era
lo que yo desearia
más que nada!

MERC. ¿Y él qué ha dicho?

ANT. Me dirigió una sonrisa
tranquilizadora...

MERC. (Con impaciencia.) ¿Y luégo?

ANT. Cerró sus labios.
MERC. ¡Oh! ¡Digna
expresion de su talento!
Ha comprendido en seguida
nuestros deseos, y quiere,
sin promesas repetidas,
realizar nuestro proyecto
por completo.
ANT. ¿Sí?
MERC. ¡Me admira
su idea!... Los grandes hombres
así sus obras realizan.
ANT. ¡Y es verdad!... ¡Pues yo creí
que mi encargo no le hacia
ninguna gracia!...
MERC. ¡Qué poca
penetracion!... ¿No te indica
nada, ni nada te dice
su delicada sonrisa?
ANT. Tienes razon.
MERC. Muchas veces,
sólo una mirada, explica
más que cien libros: ¡hay hombres
que no hablan nunca, y meditan
grandes cosas!
ANT. Pues yo creo
como cosa muy precisa
el hablar para entenderse.
MERC. El vulgo así raciocina;
pero los hombres de ciencia,
como él, piensan de distinta
manera: en fin, tú verás
cómo sin hablarle, fija
de una manera directa
su atencion en Carmencita.
ANT. Yo me alegraré, aunque sea
sólo á fuerza de sonrisas!

ESCENA IX.

DICHOS. JUAN, por el foro.

JUAN. ¿Se puede entrar?
MERC. Pase usté,
don Juan.
JUAN. Gracias.
ANT. ¿Cómo vamos
del pleito?
JUAN. ¡Psh!... Aun estamos
lo mismo: yo creo que
muy pronto se fallará
ya, pero hasta que ese dia
llegue...
ANT. Sí; es una agonía
contínua... ¡En fin, ya vendrá!
JUAN. ¿Se ha marchado ya mi amigo
Federico?
MERC. Hace un momento
que ha salido.
JUAN. Pues lo siento.
MERC. ¿Por qué?
JUAN. Por nada: lo digo
por la sorpresa que voy
á darle.
ANT. ¿Qué, le ha caido
el premio grande?
JUAN. ¡Hemos sido
condiscípulos!...
ANT. ¡Ah!
JUAN. ¡Soy
su amigo de la niñez!
MERC. Y él...
JUAN. Todavía lo ignora:
¡si yo mismo hace una hora
que lo he sabido!
ANT. Tal vez
se separarian siendo
aun muy niños...
JUAN. Claro está;

diez y seis años hará,
—parece que lo estoy viendo,—
que del colegio salimos,
jurándonos con ternura
una amistad firme y pura
como la que en él tuvimos.
Pero luégo la distancia
separó nuestro cariño,
y nuestra amistad de niño
olvidóse con la infancia.

MERC. ¡Es tan voluble esa edad!

ANT. ¿Y cómo ha sabido usté?...

JUAN. Por otro amigo que hallé
por una casualidad.
Hablando de todo un poco
me dijo: «¿No sabes, Juan,
quién se ha casado?... ¡El truhan
de Federico!... aquel loco
que en el colegio llevaba
la palma de calavera.»
—No recuerdo... —«Pues si era
tu amigote!... ¡El que asaltaba
las despensas!» —¡Yo al momento
me acordé!... ¡Si era una nube!...
Un dia por él estuve
tres horas en cruz!... —«¡Contento
puede estar, dijo mi amigo,
con su boda!...» —¿Pues con quién
se ha casado? —«Con Belen,
la sobrina que consigo
tenia la de Floralva.»

ANT. ¡Cómo!... ¡La que en Santander
estuvo con mi mujer!

MERC. ¡La misma!...

ANT. Con que Villalba...
¡Cuánto me alegro!

MERC. Queria
tanto allí á Cármen, que...

JUAN. ¿Quién,
Villalba?

MERC. No, hombre, Belen,
esa jóven que tendria

entónces, si no me engaño,
quince años.

JUAN. (¡Pobrecita!)
Y seria...

MERC. Muy bonita:
con Cármen bajaba al baño
apénas rayaba el alba.

ANT. ¿Con que todo eso ha sabido
de su amigo?... ¿Y cómo ha sido
reconocer á Villalba?

JUAN. Seguiamos allí hablando
cuando le vimos pasar
muy de prisa, y luégo entrar
aquí: yo estaba contando
cosas de poco interes
á mi amigo, el cual llamó
mi atencion, y saludó
á Federico.—«Ese es,
me dijo: ¿no le conoces?»
—¡Aventura más graciosa!—
Le llamé; mas no era cosa
de ponerme allí á dar voces.

ANT. Pues no tardará en volver;
aquí le podrá encontrar
esta tarde, y reanudar
su amistad

JUAN. Es un placer
tan grato el ver á un amigo
de la infancia!...

MERC. ¡Ya lo creo!
Es muy noble ese deseo,
y celebro ser testigo
de ese reconocimiento.
¡Ademas, mi enhorabuena
debo darle por tan buena
eleccion!... ¡Un casamiento
como el suyo bien merece
felicitarse!...

ANT. ¡Un partido
tan ventajoso!...

MERC. ¡Ella ha sido
siempre un ángel!... Me parece

que usted debe conocerla:
cuando llegamos aquí
de Santander...

ANT. Hombre, sí;
entónces debió usted verla
algunas veces: venia
á jugar con Cármen.

JUAN. Ahora
recuerdo...

MERC. ¡Era encantadora!...

ANT. Rubia, esbelta...

JUAN. (Con hipocresía.) No podria
decir yo tanto.

MERC. ¿Por qué?

JUAN. Sabe usted que no reparo
en eso; que nunca paro
mi atencion...

MERC. Cierto; olvidé
que un jóven, como usté, evita
toda ocasion peligrosa.

ANT. ¡Y como era tan hermosa!
Hizo usted muy bien: quien quita
la piedra, pone á distancia
el peligro.

JUAN. Por fortuna
hasta ahora...

ANT. (Mirando su reloj.) ¡Hola... la una
ya! (Sacando la cartera.)
Esas noticias de Francia
me tienen tan disgustado,
que faltar no puedo un dia
de Bolsa.

JUAN. Ayer se decia
que mucho habian bajado
los fondos.

ANT. (Examinando varios papeles de la cartera.)
Es la verdad,
y lo siento: ¿viene usté?

JUAN. Sí, voy; le acompañaré
un rato.

MERC. Y yo á Trinidad
voy á escribir; ¿quieres algo?

ANT. Nada.
MERC. Pues... hasta despues.
JUAN. Póngame usted á los piés
de la tia.
MERC. Bien. (Vase doña Mercedes por la izquierda.)
JUAN. (Si salgo
triunfante, hago mi carrera!...
¡Suegro tengo por mi nombre!
(Viendo los billetes que tiene D. Antonio en la mano.)
¡Y digo que el suegro es hombre
que le conviene á cualquiera!)
Estoy á la orden de usté.
ANT. (Repasando los papeles.)
Billetes... letras... no es esto:
creia que habia puesto
aqui cierto pagaré...
JUAN. (¿Si seria alguno mio?
¡Son tantos los que negocio
en mis momentos de ocio!)
ANT. Cuando alguna cosa fio
al escribiente... de fijo
me ha de faltar algo. Usté
me dispensará, saldré
al momento. (Vase por la derecha.)
JUAN. ¡Ay... qué buen hijo
haria yo con un padre
como este!... No hay en la córte
un huérfano... de mi porte
(Señalando el bolsillo del chaleco.)
sin un perro que le ladre.

ESCENA X.

JUAN: CARMEN por la izquierda sumamente triste: despues D. ANTONIO por la derecha.

JUAN. ¡Ah... Carmencita!
(Cármen se sienta junto al velador.)
¿Qué es eso?
¿Está usted mala?
CARMEN. (Con seriedad.) ¿Yo? No.
(Pausa: Juan se queda contemplándola.)

No señor.

JUAN. Me pareció...

(Breve pausa.)

Sentiria... lo confieso,
no poder á usted servir
de consuelo en su pesar;
mas si se empeña en callar...

CARMEN. ¡Si no lo quiero decir!

JUAN. (¡Claro la niña se explica!)

CARMEN. Lloro... porque tengo gana
de llorar.

JUAN. ¡Ya!

(Sentándose á su lado.)

Usted se afana,
Cármen, y se mortifica
con inocentes pesares,
cuando ya pensar debia
en cosas que... ya podia
comprender. Si los azares
de la vida hay quien aumenta,
tambien en compensacion
tenemos un corazon
que nuestras penas ahuyenta.
En él se graba un placer,
ese bello sentimiento
que es el alma, el dulce aliento
que da vida á la mujer.
Y es tan dulce ese pesar,
que por todas partes vemos
la imágen del que queremos
en todas partes hallar.
¿Sabe usted, Cármen, por qué
se siente así?

CARMEN. (Con inocente expresion.)

Sí señor;
¡si ya sé lo que es amor!

JUAN. ¿Y usted ama?...

CARMEN. No lo sé.

JUAN. (¡Hola! ¡No se va con calma
César!) Sí, Cármen, amar
es buscar la dicha, dar
nueva vida á nuestra alma.

Sentir de otra el tierno amor
con que nos mira; que anhela
nuestro bien; que nos consuela
en momentos de dolor.
Sí usté á comprender llegara...

CARMEN. (Con inocente candor.)
Sí señor; por eso sé
que á quien amo no es á usté!

JUAN. (¡Esta, al ménos, se declara
con franqueza!) Ya comprendo;
el primito...

CARMEN. No señor;
le quiero... mas sin amor,

JUAN. Pues entónces no lo entiendo:
usted no sale de casa,
y aquí dentro no le es dado
amar, porque está vedado
el fruto ageno: el que pasa
los límites que el honor
impone como un deber,
ni lo hace honrada mujer,
ni eso es sentir puro amor.

CARMEN. No digo yo lo contrario.

JUAN. (Observando, como en toda la escena, si vuelve don Antonio.)
Bien; pues entónces... (Con misterio.)
Estoy
en el secreto!

CARMEN. ¿Qué?

JUAN. Soy
soy su amigo, y es necesario
que se confíe usté á mí,
para que no sepa nada
mamá!

CARMEN. ¿De qué?

JUAN. De la entrada
de Villalba.

CARMEN. ¿Dónde?

JUAN. Aquí.

CARMEN. ¿Ha venido?

JUAN. ¿Con que es él?

CARMEN. ¿De qué me habla usté?

JUAN. ¡Hija mia,

usted tal vez no sabia!..
¡Pobre niña!.. ¡Cuán cruel
va ser para usted oir
la nueva que á mí ha llegado!
(Observando si viene don Antonio.)
Villalba...

CARMEN. ¿Qué?

JUAN. ¡Está casado!

CARMEN. ¡Casado!... Con que es decir...

JUAN. Que aquel que logra abusar
de la más pura inocencia,
sembrando va en la conciencia
lágrimas que derramar.
Créame usted.

CARMEN. (Con inocente sentimiento.)
¿Por qué así
me habla usted?

JUAN. (Observando.) ¿Por qué?... Porque...
yo tambien la quiero á usté
y anhelo su bien.

CARMEN. ¿A mí?

JUAN. Pero mi afecto es sincero;
¡tan puro cual lo ha soñado!

CARMEN. (Llorando y con sentida expresion.)
¡Por qué no está usted casado
y mi maestro soltero!

JUAN. ¡Cármen!...

CARMEN. (Levantándose.) No quiero saber
más de lo que sé.

JUAN. ¡Qué veo!...
¿Llora usted?

CARMEN. ¡Pues ya lo creo!...
¿Tampoco lo puedo hacer?

JUAN. (Levantándose al ver salir á D. Antonio.)
(¡Chis!)

CARMEN. ¿Qué?

JUAN. (Su papá de usté.)
(Saludando á Cármen.)
Hasta luégo.

ANT. Pronto damos
la vuelta. (A Juan.) Vamos...

JUAN. Sí, vamos.

(¡Mi objeto conseguiré!)
(Vanse por el foro.)

ESCENA XI.

CARMEN.

¡Casado!... ¡No puede ser!
Entónces, ¡por qué me ha hablado
de esas cosas!... ¡Un casado
es sólo de su mujer!...
(Breve pausa.)
¡Don Juan en todo se mete!...
Sí, pero... ¡pues bueno fuera
que al fin de todo tuviera
que cargar con el cadete!...

ESCENA XII.

CARMEN: EMILIO por la izquierda.

EMILIO. (Desde la puerta.)
No hay nadie, nadie: mi tio
se habrá marchado á la Bolsa.
¡Encerrarme como á un chico!
¡Si hoy no he armado la gorda!...
(Viendo á Cármen.)
Carmela, ¡tú aquí!
CARMEN. (Con mucha gravedad.) ¿Qué quieres?
EMILIO. ¿Estás estudiando sola?
CARMEN. No estudio ya.
EMILIO. ¿Por qué, prima?
CARMEN. ¡Sé ya bastante, y me sobra!
EMILIO. Y yo tambien: pero aquí
tú pasas por una tonta,
y yo por un mentecato.
Como don Juan es tan mosca,
y siempre lo está diciendo
ya de una manera ó de otra,
¡lo han llegado á creer todos!
¡Si es muy malo, muy hipócrita!
Y cuando el muy testarudo

se empeña en alguna cosa,
ó se sale con la suya,
ó deja triste memoria.
Por él me ha encerrado hoy
tu mamá: ¡si la langosta
no hace más daño!... La dijo...
¡que yo tenia una novia!...

CARMEN. Tú tienes la culpa.

EMILIO. ¿Yo?

CARMEN. ¡Por qué dices esas cosas!

EMILIO. No es así don Federico:
¡ese sí que desde la hora
que nos conoció...

CARMEN. (Con interes.) ¿Qué, primo?

EMILIO. Nada, prima; que me consta
que nos quiere como pocos.

CARMEN. ¿De veras?

EMILIO. ¡Si en otra cosa
no piensa más que en los dos!
Y yo... porque no es hipócrita,
le quiero con toda el alma!

CARMEN. (Llorando.)
¡Y yo tambien, primo!

EMILIO. ¿Y lloras
para decirlo?

ESCENA XIII.

DICHOS. DOÑA MERCEDES por la izquierda.

MERC. (Saliendo.) ¿Qué es eso?
¿por qué no está usté en la alcoba
como le dije?

EMILIO. Porque
todavía no era hora
de acostarse.

MERC. ¡Así contestas
á tu tia!

EMILIO. Es que ya...

MERC. Corra

usted donde le he mandado!

EMILIO. ¡Me da miedo estar á solas!

MERC. ¿Qué lenguaje es ese?

EMILIO. Tia,
si hasta aquí sufrí camorras
de todo el mundo, hoy que sé
que no soy una cotorra,
no dejaré que me enjaulen
como á un pájaro: y al mosca
de don Juan, si otra vez vuelve
con chismes ó trapisondas,
le desbarato el bautismo
y aquí paz y despues gloria.

MERC. ¡Emilio!

EMILIO. Lo dicho.

MERC. Luégo
verás si á tu tio...

EMILIO. ¡Toma!...
¡Sí, que le voy á esperar!

MERC. ¡Cómo que no!

EMILIO. Por la posta
saldré de aquí.

MERC. Lo veremos.

EMILIO. Y si no, cojo una soga
y hago la triste figura:
lo que es á mí no me acortan
más la racion, ni me encierran
como á un chiquillo: por ahora
esa es mi resolucion.

MERC. ¡Yo te aseguro!... ¡Ola, ola!
¿Con que esos humos tenemos?
(Notando que Cármen está llorando.)
Y tú, Cármen, ¿por qué lloras?
¿Qué conjuracion es esta?

CARMEN. Por nada.

MERC. ¿Por nada, y te ahogan
los suspiros? ¿Te ha hecho algo
tu primo?

EMILIO. ¿Quién, yo?... Señora,
si soy alguna vez malo
tiene usted la culpa toda.

MERC. ¡Insolente!

(Mirando hácia la puerta del foro.)
Ahora verás
cómo tu tio se porta.

EMILIO. (¡Ha parado un carruaje!)
(Se dirige hácia la izquierda.)

MERC. ¿A dónde va usted?

EMILIO. A Roma
por todo. (Vase corriendo.)

MERC. (Llamándole.) ¡Emilio!

ESCENA XIV.

DOÑA MERCEDES, CARMEN: CESAR por el foro.

MERC. ¡Ah!... ¡Villalba,
llega usted á buena hora!

CESAR. ¿Pues qué pasa?

MERC. ¡El señorito
don Emilio, echando bombas,
y la niña... ya ve usted!
(Señalando á Cármen, que sigue llorando.)
¡Yo no sé qué bataola
han armado aquí los dos!

CESAR. Eso será alguna broma
del primo.

CARMEN. (Reprimiéndose.) No, no señor.

CESAR. ¿No? ¿Pues qué pesar?...

MERC. Aboga
siempre por él, y...

CESAR. (Pasando al lado de Cármen.) Ya entiendo:
¡el cariño que atesora
su inocente corazon.
es tan angelical!... Llora
porque riñen á su primo,
y es natural: ¡su alma toda
es el puro sentimiento
del candor!... ¡Edad dichosa!
¡Enjugue usted ese llanto!

CARMEN. (Queriendo dominar sus suspiros.)
Sí, señor.

CESAR. Y usted, señora,

cálmese usted: yo hablaré
luégo á Emilio, y esas bromas
concluirán por completo.

MERC. Sí, porque si llega ahora
su tio y se entera...

CESAR. Pronto
pedirá perdon de todas
sus culpas.

MERC. En usted fio,
Villalba.

ESCENA XV.

DICHOS. D. ANTONIO y JUAN por el foro.

ANT. (Entrando.) Llega usted á hora
de encontrarle aquí.

JUAN. (Abrazando á César.) ¡Querido
Federico!...

CESAR. (Asombrado.) ¡Don Juan!...

JUAN. ¡Toda
ceremonia entre nosotros
está demas!

CESAR. (¡Esta es otra!)

JUAN. ¿No te acuerdas del colegio?
¿De tu amigo y compatriota
Juanito?

CESAR. ¡No, no recuerdo:
tengo tan mala memoria!

ANT. ¡Como hace ya tantos años!

JUAN. ¿Has olvidado las bromas
que dábamos con cambiar
los nombres?

CESAR. (¡Qué trapisonda
habrá inventado este pillo!
Preciso es seguir la broma!)

JUAN. Cuando íbamos á jugar...

CESAR. ¡Ah!... ¡Sí, sí; á casa de Lola!
¡Pues no!... ¡Juanito del alma!...
(Dándole un pellizco al abrazarle.)

JUAN. ¡Ay!
MERC. ¿Qué es eso?
JUAN. Nada.
CESAR. ¡Cosa
más singular!
MERC. ¡El cariño
que á la infancia se remonta
es tan puro y verdadero!...
CESAR. (A Juan.)
(¡Ya me las pagarás todas!)
JUAN. (¿Si, eh?)
CESAR. (¡Pero llegas tarde!)
JUAN. (¡Bien; ahora estalla la bomba!)
MERC. Doy á ustedes mi cordial
enhorabuena.
CESAR. Señora,
la admito con mucho gusto.
JUAN. (A César.)
Ya sé que has hecho una boda
digna de tí.
CESAR. (Asombrado.) (¡Eh!)
MERC. ¡Ya lo creo!
CESAR. ¡Yo!
ANT. Sí tal.
CESAR. (¡Esta es la gorda!)
JUAN. Don Federico Villalba
y doña Belen, su esposa,
no se han dignado dar parte
de su enlace, á las personas
que en tanto aprecio los tienen.
CESAR. (¡No es mal belen el que ahora
me está armando este tunante!)
JUAN. Justamente estas señoras
conocieron... á Belen,
en Santander, ó en Reinosa,
no recuerdo.
MERC. Sí señor:
y esperamos que, con toda
confianza, honren ustedes
esta casa.
CESAR. (Con aturdimiento.)
Yo... señora,

mil gracias.

MERC. ¡Vaya!... Mañana
sin andar con ceremonias
les esperamos á ustedes
á comer.

CESAR. ¡Oh... tanta honra!...

MERC. Y á usted tambien, don Juan.

JUAN. Gracias.

ANT. Será una reunion... histórica,
que servirá para hablar
de recuerdos.

CESAR. (Pues la broma
es séria!) Yo...

MERC. Sin escusas.

CESAR. Agradezco á usted con toda
mi alma su ofrecimiento,
pero... (Mirando á Juan.)
hace dias, mi esposa
se encuentra algo delicada...

ANT. ¡Entónces es otra cosa!
Esta tarde irá Mercedes
á verla con Cármen.

JUAN. (¡Sopla!)

CARMEN. (¡Lo que es yo!...)

CESAR. No lo consiento.
(¡Pues señor, ruede la bola!)
Acepto, y mañana mismo
les presentaré á mi esposa.
(Iré á ver si Federico
me la presta un par de horas.)

ANT. Entónces no hay más que hablar.

MERC. (Viendo á Cármen que está llorando.)
Niña... ¡Otra vez!

ANT. ¿Por qué lloras?

CARMEN. (Procurando dominar sus sollozos.)
Si yo... no lloro, papá.
(¡Con que era verdad!)

ESCENA XVI.

DICHOS. RAMON por el foro: despues ROSA por la izquierda.

RAMON. (Entrando.) Señora.
MERC. ¿Qué quieres?
RAMON. El señorito
Emilio...
MERC. ¿Ha hecho alguna otra?
RAMON. Se ha escapado por la puerta
del jardin.
ANT. ¡El!...
RAMON. Y en su alcoba,
sobre la mesa, ha dejado
esta carta.
MERC. (Abriéndola.) ¡Qué zozobra!
(Leyendo.)

«Tia: No puedo sufrir á usted más, ni á mi tio »tampoco: yo soy todo un hombre, como ya he di»cho á usted, y no queriendo que me traten como á »un chiquillo, me marcho para siempre en busca »de la que amo para casarme con ella y ser feliz.»

¡Jesus, Jesus! ¡Qué muchacho!
ANT. ¡Cómo!... ¡Casarse con otra!
MERC. ¡Don Federico, por Dios,
de usted hará caso!... ¡Corra
en su busca!... ¡Usted tambien,
don Juan, y tú!...
ANT. (Tirando del cordon de la campanilla.)
Voy.
CESAR. Señora,
tranquilícese usté.
MERC. (Sentándose.) A mí
me va á dar una congoja.
CARMEN. (Sosteniéndola.)
¡Mamá! (Toca la campanilla que estará sobre el velador.)
ANT. (A Ramon que se presenta en la puerta del foro.)
Mi coche.
RAMON. Ahí espera
un jóven que hablar á solas

quiere con usted.

ANT. ¿Quién es?

RAMON. Un cadete.

CARMEN. (¡El!)

ROSA. (Saliendo.) ¿La señora
llamaba?

ANT. (A Ramon.) Que vuelva luégo,
que estoy ocupado en cosas
muy graves ahora.

CARMEN. (A Rosa.) Una taza
de tila. (Vase Rosa.)

RAMON. Dice que importa
mucho á todos su visita.

CARMEN. (¿Qué querrá?)

CESAR. Tal vez conozca
á Emilio, y bien puede ser
que haya sabido su loca
resolucion...

MERC. Y nos traiga
noticias de él: reflexiona
usted con juicio.

ANT. Que pase
á mi despacho. (Vase Ramon.)

JUAN. (Esto es obra
de César... ¿qué intentará?)

CESAR. (A Juan.)
Acompaña á estas señoras
mientras yo su paradero
descubro.

ANT. (Dirigiéndose hácia su despacho.)
Y yo...

CESAR. Si usted logra
saber algo de ese jóven,
Juan me avisará.

JUAN. (Acercándose á doña Mercedes.)
(¡La broma
es pesada!)

ANT. Hasta despues,
Villalba. (Vase D. Antonio.)

MERC. ¡Qué trapisonda!

(Doña Mercedes y Cármen se retiran por la izquierda seguidas de Juan.)

CESAR. (Á Juan con acento melodramático, deteniéndole en la puerta de la izquierda y conduciéndole al centro de la escena.)

¡Ya fuego á la mina dí!...

JUAN. (Asombrado.)

Pero...

CESAR. ¡Juan... nada te asombre!
¡O pierdo mi ilustre nombre,
ó Roma se alza ante mí!

(Vase por el foro. Juan queda asombrado en medio de la escena. Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, RAMON.

JUAN. (Entrando.)
¿Con que dices que ha salido
don Antonio?
RAMON. Pero creo
que volverá pronto.
JUAN. ¿Y nada
se sabe del paradero
de Emilio?
RAMON. Don Federico,
segun oí, ha descubierto
dónde vivia la prógima
que... pues, la...
JUAN. Sí, sí; ya entiendo:
¿pero don Antonio ha ido
á ver á esa mujer?
RAMON. Creo
que sí señor.
JUAN. ¡Pues en buena
se ha metido!... Y el maestro,
¿no ha venido todavía?
RAMON. ¡Fué con el amo!...
JUAN. ¡Lo siento!

Si viene alguno á buscarme,
me avisarás al momento.

RAMON. Está muy bien. (Vase Ramon por el foro.)

ESCENA II.

JUAN.

Pues señor,
¡hoy es un dia completo
de emociones!... Esperar
el resultado de un pleito
el dia de la sentencia,
es superior, lo confieso,
á mís fuerzas. ¡Dios benigno,
escucha una vez mis ruegos,
y ten compasion de un pobre
que va á pasar el invierno
más cruel que los nacidos
han pasado, si tu inmenso
poder no se compadece
de mi estado financiero!
¡Escucha las oraciones
que en este mismo momento
te dirigirán los muchos
ingleses que ven su puerto
de salvacion en el fallo
de un tribunal! (Breve pausa.)
¡Procuremos
cobrar ánimo!... (Pensativo.) Tenia
á César en mucho; pero
desde que oí la brillante
defensa que ha hecho en mi pleito,
creo que el gran Ciceron
es á su lado un chicuelo.
¡Qué elocuencia!... Lo que es César
para mí, si gano el pleito,
es, sin género de duda,
el hombre de más talento!...

ESCENA III.

JUAN: D. ANTONIO por el foro.

ANT. (Entrando muy agitado.)
¡Si hoy no me da un tabardillo!...
¡Uf!... Qué dia!...
JUAN. ¿Qué hay de nuevo?
ANT. (Sentándose.)
¡Qué ha de haber, señor don Juan!...
Que, gracias á Dios, tenemos
ya á Emilio en puerto seguro
de salvacion!...
JUAN. Lo celebro,
don Antonio.
ANT. ¡Es un infame...
un descastado!... ¡Me ha hecho
pasar un rato!... ¡Qué rato!
¡Bueno ha sido, bueno, bueno!
¡Hacer á su pobre tio
ir, sin ningun miramiento,
á una casa... para mí
desconocida!... ¡Si aquello,
desde su estrecho portal
no era casa, era un infierno! (Breve pausa.)
Llamamos, y nos abrió
un sér de asqueroso aspecto:
era una vieja encogida,
repugnante hasta el extremo,
sin un diente ya en su boca
y desgreñado el cabello.
Su traje... aunque de verano,
tenia mucho de invierno,
pues cubria sus girones
con un manton ceniciento.
Yo... no queriendo ver más,
que ya era bastante aquello,
me dirigí hácia la puerta;
y Villalba, conociendo
mi situacion, me indicó
que abandonara mi puesto,

que él hablaria... á la vieja.
Pero apénas mi sombrero
tomé en la mano, se puso
delante de mí, con cierto
aire de gran confianza,
y dirigiéndome el resto
de una sonrisa, que más
que sonrisa, era el remedo
de una mueca, empezó á hablar
con una voz... que la tengo
todavía en los oidos!
Aturdido por completo,
no pude oir lo que aquella
Arpía me dijo, y creo
que gané mucho con ser
sordo en aquellos momentos;
pues á juzgar por su estampa,
no podia nada bueno
salir de aquel viejo saco
de pecados!.. Lo que siento
es el rato que Villalba,
que allí se quedó en efecto,
pasará en aquella casa!

JUAN. No señor; lo que es por eso
no tenga cuidado alguno:
él sabrá buscar el medio
de deshacerse bien pronto
de la vieja: irá derecho
al asunto... y nada más.

ANT. (Levantándose.)
¿Pero es posible que el trueno
de mi sobrino haya ido
á una casa... de ese aspecto?

JUAN. Yo aseguro á usted que pronto
le sacará de ese enredo
nuestro amigo Federico.

ANT. ¡Dios lo quiera!... Mucho debo
á ese jóven; pero ahora,
si consigue nuestro objeto
y corrige á mi sobrino,
segun me ha ofrecido, creo
que no he de tener con qué

pagarle!.. ¡Ha sido en efecto
una suerte el encontrar
un jóven de tanto mérito!

JUAN. Tiene usted mucha razon:
¡mucho vale! (No me atrevo
á hablar hoy en contra de él!..
¡A quién no enmudece un pleito
de veinticinco mil duros!) (Queda pensativo.)

ANT. ¡Pues y ayer!... ¡Tambien fué bueno
el rato que el cadetito
me dió!... ¡Pedirme el muñeco,
y en toda regla, la mano
de Carmencita!... Y no es eso
lo peor, sino que el niño,
atrevido hasta el extremo,
me amenazó con sacarla
por justicia, si á sus ruegos
correspondia la niña!...
Creo que en aquel momento
me tuvo Dios de su mano,
porque sino... ¡No, no quiero
ni recordarlo!...

JUAN. (Ensimismado en su idea.)
(¡Si el fallo
fuese contrario!)

ANT. (Notando su distraccion.) ¿Qué es eso?
¿Se pone usté otra vez malo?

JUAN. No señor; es que hoy... espero
el fallo del tribunal...

ANT. ¡Ah, sí, sí! ¿Sobre su pleito?

JUAN. Precisamente; y la duda...

ANT. Es natural; lo comprendo.
Pues, con permiso de usted,
voy á ver en un momento
á Mercedes, que me espera
con impaciencia, y deseo
decirla que ya está Emilio
en casa de su maestro.

JUAN. ¿En casa de Federico?

ANT. Sí, señor: mucho debemos
á este amigo!...

JUAN. Yo tambien

voy á ver si saber puedo
algo de mi asunto.

ANT. Bien;
pues entónces hasta luégo.
¿Volverá usted?

JUAN. Sí señor.

ANT. Con impaciencia deseo
saber el fallo, y Dios quiera
que sea como yo anhelo.

JUAN. Gracias. (Vase D. Antonio por la izquierda.)

ESCENA IV.

JUAN: despues CESAR por el foro.

JUAN. ¡Y aun no he visto á Cármen!
(Dirigiéndose hácia el foro y poniéndose el sombrero.)
¡Lo primero es lo primero!

CESAR. (Entrando.)
¿Dónde vas?

JUAN. ¡César!...

CESAR. ¿A quién
has comprado de desecho
esa cara?

JUAN. ¡Ay, César!

CESAR. Calla.

JUAN. (Bajando la voz, pero con mucho interes.)
¿Sabes algo?

CESAR. ¡Hombre, recuerdo
tantas cosas!... Desde niño
que empecé á estudiar...

JUAN. ¡Dejemos
las bromas, que estoy que pueden
ahogarme con un cabello!

CESAR. ¡Ola!... ¡Pues la que tú ayer
me armaste, no tiene precio!

JUAN. ¡Pero te guardé el incógnito!

CESAR. ¡Ya!... ¡Dejándome sin gremio
conocido! ¡No ser viudo,
ni casado, ni soltero,
y serlo todo á la vez!

JUAN. Sí, mas... ¡yo discurrí eso
en defensa propia!... Así
convinimos.

CESAR. ¡Pues me has puesto
en un grave compromiso!

JUAN. ¿Sí?

CESAR. Ya ves; Villalba creo
que... á pesar de mi honradez,
no querrá hacerme ese empréstito
voluntario?

JUAN. En eso opino
como tú; pero te ruego
que nos dejemos de bromas.
¿Sabes algo de mi pleito?

CESAR. ¡Pues no he de saber!...

JUAN. ¡Ay!... Habla.

CESAR. ¿No he sido yo quien ha hecho
la defensa?

JUAN. ¡Sí; y brillante!

CESAR. Gracias; pues ya ves si debo
saber algo; y más que algo.

JUAN. ¡Dale!... ¡Si no digo eso!
Te pregunto ¿que si sabes
el resultado?

CESAR. ¡Ten pecho,
amigo Juanito!

JUAN. ¡Ay, César,
tú sabes algo!...

CESAR. ¡Volvemos
á las mismas!... ¿No te he dicho
que de aquel piélago inmenso
no he dejado ni una letra!...

JUAN. (Cogiendo el sombrero.)
Adios.

CESAR. ¿Te vas?

JUAN. ¡Y no vuelvo
á gastar bromas contigo!

CESAR. Pues mira, te lo agradezco;
porque lo que es la de ayer
ha sido pesada.

JUAN. (Queriendo disculparse.) Es cierto;
pero... ¡ya comprendes tú

que en tan críticos momentos!...
(César mira su reloj.)
¿Qué miras?

CESAR. ¡Hombre, el reloj!

JUAN. ¡Sí, pero algo indica eso!

CESAR. ¡Ya lo creo!

JUAN. (Con vivo interes.) ¿Qué?

CESAR. Las horas.

JUAN. (Con seriedad.)
¡Eres muy cruel!...

CESAR. ¡Yo!

JUAN. ¡Viendo
cómo estoy, burlarte así
de mi impaciencia... no creo
que eso es digno de un amigo
como tú!

CESAR. ¿Te pones serio?
Pues haces mal.

JUAN. ¡Si te hallases
tú en mi lugar!...

CESAR. Lo primero
que haria, créeme, Juan,
seria dar tiempo al tiempo;
y sin perder la esperanza,
que es lo último que tenemos
que perder, procuraria
indagar por algun medio
el estado de mi asunto;
pues dando quejas al viento
ó preguntando al que sabe
ménos que tú, por exceso
tal vez de amor propio, nada
se alcanza; créeme.

JUAN. (Con aturdimiento.) Es cierto;
voy á ver al escribano
y al juez, y... (Abrazándole.)
¡Ay César!

CESAR. ¡Volvemos
á los suspiros!...

JUAN. Adios.

CESAR. Escucha.

JUAN. ¿Qué quieres?

CESAR. (Mirando al reloj.) Dentro
de una hora, tal vez podamos
saberlo.
JUAN. ¿Cómo?
CESAR. ¡Sabiéndolo,
hombre!...
JUAN. ¿Pero dónde?
CESAR. Irás
al Suizo; allí nos hemos
citado...
JUAN. (Con impaciencia.)
¿El juez? ¿El fiscal?
¿El escribano?...
CESAR. (Con calma.) Y el reo.
JUAN. ¡Hum!...
CESAR. Tú espérame allí y calla;
pero ántes, si quieres...
JUAN. Quiero.
CESAR. Puedes ver si está en su casa
mi procurador.
JUAN. Corriendo.
CESAR. El te informará si hay algo.
JUAN. Bien. (Se dirige hácia la puerta del foro.)
CESAR. ¿Pero hombre, y el sombrero?
JUAN. ¡Ah, sí!... ¡Tengo la cabeza
como un molino de viento!... (Vase por el foro.)

ESCENA V.

CESAR: despues CARMEN por la izquierda.

CESAR. ¡Comprendo bien su impaciencia! (Pensativo.)
¡Si perdiese el pleito!... No,
no puede ser!... ¡Tengo yo
muy tranquila mi conciencia! (Breve pausa.)
¡Es extraño que mi tio
aun no me haya contestado!... (Pausa.)
¡Si en mi carta ha meditado,
lo hará!... (Con seguridad.) ¡Lo hará! En ello fio.

(Se sienta en la butaca al lado de la chimenea, sin que pueda ser visto despues por Cármen.)

Veamos lo que promete

mi plan!... (Queda pensativo.)

CARMEN. (Saliendo.)
No hay nadie ahora aquí.
(César, que estará arreglando la chimenea, deja caer las tenazas.)
(Dando un grito.)
¡Ay!

CESAR. (Levantándose.)
¿Qué es eso?

CARMEN. (Asustada.) Yo... creí...
creí que era usté el cadete!

CESAR. ¿Tanto miedo inspira á usted
ese jóven?

CARMEN. ¡Atrevido
es por demas!... ¡Ya he sabido
á qué vino ayer!

CESAR. ¿Sí?

CARMEN. ¡Fué
muy mal hecho!... Yo no he dado
motivo para eso, y hoy
me ha reñido papá!... ¡Estoy
con un miedo!...

CESAR. Ya he hablado
yo á ese jóven, y prometo
á usted que no volverá
á impacientarla.

CARMEN. ¿Y papá
lo sabe?

CESAR. Con ese objeto
vengo á verle; por lo tanto,
recobre usted, hija mia,
por entero su alegría.

CARMEN. (Con sentida expresion, bajando los ojos.)
Sí señor.

CESAR. ¿Qué otro quebranto
aflige á usted?

CARMEN. (Turbada.) ¿A mí?...

CESAR. ¡Advierto
que está usted triste!

CARMEN. ¿Por qué?...
¡De mi primo Emilio sé
que está ya en su casa!...

CESAR. Es cierto.

CARMEN. Y nada debe afligirme.
CESAR. ¿De veras?... ¡Dice usted eso
de una manera!... ¡Confieso
que algo tiene que decirme!
CARMEN. No me atrevo...
CESAR. ¿Por qué?... Vamos,
sea usted franca conmigo:
¿no soy su mejor amigo?
CARMEN. Sí, mas...
CESAR. ¿Qué es ello? Sepamos.
CARMEN. (Con marcada entonacion de sentimiento.)
«Que aquel que logra abusar
»de la más pura inocencia,
»sembrando va en la conciencia
»lágrimas que derramar!»
CESAR. ¿Quién le ha enseñado á usted tanto?
CARMEN. Don Juan: por él he sabido...
que usté es casado...
CESAR. (Bajando la voz.) Eso ha sido
una broma.
CARMEN. (Con alegría.) ¿Sí?
CESAR. Sí.
CARMEN. ¡Cuánto
me alegro!... (Ruborizándose.) Quiero decir...
CESAR. Bueno es que usted se convenza...
CARMEN. (Con sencilla expresion.)
¡Sí... pero... me da vergüenza
el volverlo á repetir!
CESAR. ¡Ese inocente candor
aumenta más su belleza!...
Vamos á hablar... con franqueza;
¿quiere usted?
CARMEN. (Con inocente impaciencia.)
Yo... sí señor.
CESAR. Pero un silencio completo
guardará de cuánto aquí
hablemos...
CARMEN. Bien.
CESAR. Siendo así
seré franco.
CARMEN. Lo prometo.
CESAR. Pues escúcheme usted: Juan,

como todo el mundo, habia
su plan formado, y temia
que yo anulase ese plan.
Más claro: Juan aspiraba
á ser dueño por completo
de su mano...

CARMEN. ¿Sí?

CESAR. Y su objeto
era, por si yo estorbaba
sus planes, que por casado
me tuviera usted.

CARMEN. ¡Pues es
una gracia!...

CESAR. Su interes
hácia usted ha motivado
esa idea, para mí
descabellada.

(Con marcada intencion.)

¡Qué daño
puedo hacerle yo!... ¡Un extraño,
como quien dice, que aquí,
aunque con grato placer,
ha entrado por una rara
casualidad!... ¡Quién repara
en mí, para conocer
que mi cariño es profundo
y que, á fuer de profesor,
doy mis lecciones de amor
como pocos en el mundo!

CARMEN. (Con naturalidad.)
¡Sí señor; eso es verdad!

CESAR. Pues bien; ese afecto santo
tiene para mí un encanto
de inmensa felicidad.
Yo levanto en mi alma un templo
al amor, con ciega fe:
para probárselo á usté
voy á ponerla un ejemplo.
Figúrese usted que ahora,
consagrándola mi amor,
me amase usted.

CARMEN. (Con inocencia.) Sí señor.

CESAR. ¿Qué dicha más seductora
podriamos los dos ver
ante nuestro porvenir,
que nos hiciera sentir
más dulce y puro placer?
Siempre juntos, buscaria
donde hallar nueva ocasion
de aumentar su distraccion
y sostener su alegría.
En el teatro, en paseo,
fuéramos á pié ó en coche,
nunca pondria reproche
á su inocente deseo.
Su cariño para mí
seria mi único bien!...
¡Porque usted, Cármen, tambien
me amaria!... ¿No es así?

CARMEN. Sí señor.

CESAR. ¡Su acento escucho
con cariño!... ¡Edad hermosa!
¿Y seria usted dichosa
si yo la amase así?

CARMEN. (Con inocente timidez.) Mucho,

CESAR. ¡Su inocente confesion
es hoy mi mayor ventura!
Pues bien... la amo con locura,
con todo mi corazon.
Sí, Cármen; por eso entré
en esta casa; por eso
fuí su maestro, y confieso
que no me arrepentiré.

CARMEN. (Mirando hácia la puerta de la izquierda.)
¡Ah!... Mi papá. Sus rigores
hácia mi primo, aplacar
procure usted.
(Con infantil alegría, dirigiendo una mirada cariñosa á César.)
¡Voy á dar
muchos besos á mis flores!
(Vase corriendo por el foro.)

ESCENA VI.

CESAR.

¡Cuánto valor tiene, cuánto
ese afecto tan sincero! (Breve pausa.)
Pero esa carta que espero
de mi tio... ¡tarda tanto!...

ESCENA VII.

CÉSAR: D. ANTONIO y DOÑA MERCEDES, por la izquierda.

ANT. ¡Ya está aquí don Federico!
MERC. ¿Y Emilio?
CESAR. Sin dilacion
vendrá aquí conmigo.
ANT. ¡Cuánto
debemos á usted!...
MERC. Si hoy
no parece, de seguro,
me da un nuevo sofocon!
¡Es un pícaro... un infame!
CESAR. Sí; pero es un pecador
arrepentido, que espera
muy sumiso ya el perdon.
Y yo, si tiene algun mérito
lo que por él he hecho hoy,
suplico á ustedes que sean
indulgentes.
ANT. Sí, señor.
MERC. Por ser usted quien por él
intercede, que si no...
ANT. Eso he querido decir:
aunque la falta, en rigor,
es grave...
CESAR. No se ha perdido

nada; porque una leccion
á tiempo, evita un peligro,
á veces mucho mayor
que el que tenemos delante.

MERC. Negar á usté ese favor
seria una ingratitud.

ANT. ¡Está claro!

CESAR. Gracias: voy
en su busca, y al momento
volveremos.
(Volviéndose hácia D. Antonio.)
¡Ah!

ANT. ¿Qué?

CESAR. Hoy
he hablado tambien... y en serio,
al cadetito en cuestion.

ANT. ¡Hum!.. ¡No me le nombre usté!

CESAR. ¡Buen trabajo me costó
el hacerle desistir
de su loca pretension!

ANT. (Con interes.)
Pero, al fin, ha desistido?

CESAR. Formal palabra me dió
de no volver á inquietar
á ustedes.

ANT. ¡Quizá el temor
que le infundiria usted!..

CESAR. Tal vez.

ANT. ¡Conozco que yo
no sirvo para esas cosas!...
Me temo. ¡Yo soy atroz
cuando me enfado!

MERC. ¡Es usted
el ángel libertador
de la familia!

CESAR. Señora...

MERC. Toda nuestra admiracion
y nuestro afecto no bastan
á pagar tanto favor
como nos ha dispensado
usted.

CESAR. Llevo una intencion,

sin embargo.

MERC. ¿Cuál?

CESAR. Hacerme
de algun modo acreedor
á ese cariño... que aprecio
con todo mi corazon.

ANT. (Abrazándole con efusion.)
¡Don Federico!..

CESAR. (Aceptando la mano que le tiende doña Mercedes.)
Señora...

ANT. Usted es ya desde hoy
para nosotros... un hijo!

CESAR. A falta de otro mejor,
eso es todo cuanto anhelo;
créanme ustedes.

ESCENA VIII.

DICHOS. RAMON por el foro con varias cartas.

RAMON. (Entrando.) ¡Señor!

ANT. ¿Qué quieres?

RAMON. ¿Dejo las cartas
en el despacho?

ANT. (Cogiéndolas.)
No, no;
con don Federico tengo
confianza.

MERC. Oye, Ramon:
que enganchen la carretela,
que va á salir el señor
don Federico.

CESAR. Mil gracias.

(Vase Ramon.)

ANT. (Examinando algunas cartas.)
Cartas de pago: un talon
del Crédito catalan;
bien.
(Abriendo otra.)
¿Y esta? ¡Gracias á Dios
que se acuerda de nosotros

nuestro amigo Palma!

CESAR. (¡Oh!
¡De mi tio!.. ¡Llegó el trance
supremo!.. Ejem... ¡Atencion!)

ANT. (Leyendo para sí con creciente extrañeza.)
«Para mi sobrino César
»la mano de tu hija...» O yo
tengo turbada la vista...

CESAR. (Observándole.)
(¡Grande ha sido la impresion!)

MERC. ¿Qué te dice nuestro amigo
Palma?

ANT. (Con aturdimiento.)
No lo sé.

MERC. ¿Que no? (Con viveza.)
¡Te escribirá ya en ingles
tal vez!...

ANT. (Fijándose en la carta.)
(¡Si tendrá razon
mi mujer!...) Creo que sí,
porque no entiendo...

MERC. El señor,
que todo lo sabe bien,
podrá traducirla.

ANT. No;
no es necesario: la carta...
la carta está en español,
y sin embargo...

MERC. Veamos
qué es lo que dice.

ANT. A eso voy.

(Leyendo.)

«Querido Antonio: Hace dos dias he recibido una »carta de mi sobrino César, en la que me entera de »la manera extraña con que se ha presentado en tu »casa, guiado por el más puro amor hácia tu hija. »Esto seria una nueva calaverada suya si al dia si- »guiente de su presentacion no me hubiera escrito »dándome parte de todo su proyecto, lo cual justi- »fica algun tanto su proceder, pues con esto prueba »que su conducta en tu casa seria siempre digna de

»un hombre de honor y delicadeza. En fin, querido »Antonio, despues de haberlo pensado muy seria- »mente, te pido para mi sobrino César la mano de »tu hija.»

¿Pero señor, y quién es
ese sobrino?

MERC. Eso estoy
pensando...

ANT. Si será...

MERC. ¿Quién?

ANT. ¿El cadete?

MERC. No, hombre, no;
si es un niño, y el sobrino
de Palma...

ANT. Tienes razon;
su sobrino debe ser
un pez de marca mayor.
¿Entiende usted algo de esto,
don Federico?

CESAR. Yo... no;
no estando en antecedentes
es difícil.

ANT. Pues señor,
¡á quién le sobra un sobrino
por ahí que esta confusion
pueda aclarar!...

CESAR. Entre tanto
que usted lo recuerda, voy
por Emilio.

ANT. (Con interes.) Y si de paso
puede usté indagar...

CESAR. Si yo
no doy con él...

ANT. Pues por eso.

MERC. No eche usté en olvido que hoy
esperamos á Belen.

CESAR. Agradezco su atencion. (Vase por el foro.)

ESCENA IX.

DOÑA MERCEDES, D. ANTONIO, despues CARMEN.

ANT. ¡Esta carta viene á ser
un logogrifo!... ¿Quién entra
en mi casa que ninguno
conocemos?

MERC. ¡Si á Carmela
pudiéramos preguntar!...

ANT. ¡Pero mujer, eso fuera
abrirla los ojos!

MERC. ¡Calla!
¡No dices más que simplezas!
¿Te parece que yo iria
á hablarla de modo que ella
pudiera ni aun conocer
mi intencion?

ANT. (Mirando hácia la puerta del foro.)
Aquí se acerca.

MERC. Pues cállate, y no lo eches
á perder.

CARMEN. (Apareciendo en la puerta del foro y mirando hácia el interior.)
(Por la escalera
baja ya.)

MERC. ¿Qué estás mirando,
niña?

CARMEN. (Acercándose con alegría á doña Mercedes.)
Nada.

MERC. ¡Muy contenta
estás hoy!

CARMEN. ¡Mucho, mamá!

ANT. Sabe que Emilio...
(Doña Mercedes le hace señas para que calle.)
(¡Me aterra
mi mujer con sus miradas!)

MERC. (Cogiendo la mano á Cármen y haciéndola sentar á su lado.)
Vamos á ver: ¿por qué era
por lo que ayer estuviste
llorando?... ¡Las hijas buenas,

confian á sus mamás
todo!

CARMEN. ¿Ayer?

MERC. ¿No lo recuerdas?

ANT. Tal vez su primo...

MERC. (Imponiéndole silencio.) (¡Hum!)

ANT. (Ya callo.)

CARMEN. Como se escapó...

MERC. No es esa
la verdad: porque tú estabas
ántes de que sucediera
eso muy triste.

CARMEN. Yo...

MERC. Sí.

CARMEN. No me acuerdo.

MERC. ¿No?... ¡Pues buena
memoria tienes!... ¿Y hoy,
por qué estás tan satisfecha
y alegre?

CARMEN. Como mi primo
va á volver...

ANT. ¡Es claro!

MERC. (A Cármen, despues de imponer otra vez silencio á D. Antonio.)
¿Es esa
la verdad? (Breve pausa.)
¿Por qué te callas?

CARMEN. Como está usted hoy tan séria,
y ayer me riñó papá
por el cadete...

MERC. No temas.

CARMEN. (Con inocente expresion.)
¡Y yo no tuve la culpa!
Ni yo le amo, aunque él me quiera,
ni por él mi corazon
suspira tampoco.

ANT. (¡Aprieta!
¡Pues ya sabe mucho más
que yo creí!...)

MERC. ¿Qué manera
de hablar es esa?

CARMEN. (Con temor.) Yo...

MERC. Cármen,

es preciso que yo sepa
lo que pasa: tú me ocultas
algo.

CARMEN. No, mamá.

MERC. Te empeñas
en callar... dando motivo
para que yo no te quiera!

CARMEN. (Acariciándola.)
¡Mamá!

MERC. No, si no me engañas.

ANT. (¡Estas escenas me afectan!)

JUAN. (Dentro.)
Dame otro abrazo, Ramon.

ANT. ¿Qué ruido es ese? ¿Quién entra
alborotando? (Mirando hácia el foro.)
¡Es don Juan!

ESCENA X.

DICHOS. JUAN.

JUAN. (Echándose en los brazos de D. Antonio.)
¡Don Antonio!... ¡Qué sorpresa!...
¡He ganado el pleito!... ¡Soy
el más feliz de la tierra!

ANT. ¡Hombre, bien!

MERC. Mucho me alegro,
y le doy mi enhorabuena.

(Cármen se dirige á la puerta del foro á observar si vuelve César.)

ANT. Era una cosa...

JUAN. ¡Justísima!...
¡Pero sin embargo, César
se ha portado como un héroe!
¡Qué discurso! ¡Qué defensa
ha hecho!

ANT. ¿Quién dice usted?

JUAN. Mi abogado.

ANT. ¡Ya!

MERC. Ese César,
¿no es el sobrino de Palma,

nuestro amigo?

JUAN. El mismo.

MERC. Que era
un trueno...

JUAN. (Con entusiasmo.) ¡Un sabio, señora,
con un talento... que apénas
abre su boca, es capaz
de conmover á una piedra!
Dispense usted si cometo
alguna de mis simplezas,
porque estoy fuera de mi.

MERC. Es muy natural.

ANT. (A Juan con misterio.) Quisiera
decir á usted dos palabras
sobre esta carta.

JUAN. ¡Aunque sea
sobre el asunto más arduo!...
Hoy me encuentro ya con fuerzas
para todo... Pero si ántes
me permite que dos letras
ponga á mi familia...

ANT. Sí.

JUAN. Estará con impaciencia...
pues aunque ya he puesto un parte
telegráfico, quisiera
dar algunos pormenores
importantes que interesan
á todos.

ANT. En mi despacho
hallará lo que desea.

JUAN. Gracias. (Dirigiéndose al despacho.)
¡Veintinco mil
duros!... ¡Oh fortuna inmensa!...
(Vase por la derecha.)

ESCENA XI.

DOÑA MERCEDES, D. ANTONIO: CARMEN, observando en la puerta del foro.

ANT. Se vuelve loco, de fijo.

MERC. Esa suma representa

para él una gran fortuna,
y no es extraño que venga
tan contento.

ANT. Eso es verdad. (Bajando la voz.)
Ya has oido, conoce á César,
y él podrá enterarnos...

MERC. Sí;
pero cuando esté Carmela
delante, ni una palabra.

ANT. Mujer, eso ya se deja
conocer; por eso ahora
le he indicado que quisiera
hablarle á solas.

CARMEN. (Desde la puerta.) ¡Mamá,
mamá!...

MERC. ¿Qué es eso?

CARMEN. (Con alegría.) ¡Ya llega
mi primo!

ANT. ¡Gracias á Dios!

MERC. Ten un poco de firmeza.

ANT. ¡Ya verá quién es su tio!

MERC. Es preciso que en tí vea
carácter.

ANT. Cuando te digo
que... (Viendo entrar á Emilio.)
¡Ejem!

ESCENA XII.

DICHOS. CESAR y EMILIO por el foro.

CARMEN. (Desde la puerta.) ¡Emilio!

EMILIO. (Con temor.) Carmela...

CESAR. (Separándolos.)
(¡Chis!... Primero á los papás.)
(Bajo á Emilio.)
(Acérquese usted: más cerca.)

EMILIO. (A César.)
(¿Empiezo?...)

CESAR. (A Emilio.) (¡Pero cuidado
con aumentar ni una letra.)

EMILIO. (Como si recitase una leccion de memoria, mirando de vez en cuando á César, que marcará su aprobacion.)
Tia: por el mal camino
que guia la inexperiencia
de la juventud...

MERC. (Interrumpiéndole.) Bien, bien:
primero á tu tio: empieza.

EMILIO. (Volviéndose hácia don Antonio.)
Tio: por el mal camino
que guia la inexperiencia
de la juventud, habia
dado un paso; pero apénas
una mano amiga pudo
detenerme, mi conciencia
despertó de su letargo,
y reconozco, con pena
en el corazon, que he hecho
un disparate: si aun queda
un resto de mi cariño
en su alma, la mia espera
su perdon, y arrepentido
rezaré la penitencia.

ANT. Yo te perdono, si cumples
como dices tu promesa.

EMILIO. Sí, señor.

ANT. ¡De lo contrario!...
ahora tu tia te espera.

EMILIO. (Volviéndose hácia doña Mercedes.)
Tia: por el mal camino
que guia la inexperiencia...

MERC. Tu confesion he escuchado:
tu tia nunca desea
más que tu bien: te perdono;
pero si otra vez no piensas
con más juicio, no te acuerdes
más de mí.

ANT. (A Emilio.) Bien: ahora venga
esa mano, y ¡cuidádito
conmigo!...

CARMEN. ¡Primo!...

EMILIO. ¡Carmela!

(Los dos se demuestran mútuamente su natural alegría.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. JUAN por la derecha.

JUAN. (Dirigiéndose á César con alegría.)
¡César de mi corazon,
hemos triunfado!...
ANT. (Con admiracion.) ¡Qué he oido!
¡César!
MERC. ¡César!
CESAR. (A Juan.) (¡Me has perdido!)
JUAN. (Yo...)
CESAR. (Calla.)
MERC. ¡Qué confusion
es esta?...
ANT. (Con aturdimiento.)
Vamos con calma,
que hoy anda suelto el demonio!
(Dirigiendose á César ya con alguna duda.)
Villalba...
CESAR. No, don Antonio,
soy el sobrino de Palma.
ANT. ¡Usted!...
CESAR. Negarlo seria
inútil ya.
JUAN. (A César.) (¡Pero hombre!...)
CESAR. César es mi propio nombre.
Y si en esta casa un dia
con otro entrar conseguí,
fue sólo... porque otra puerta
no pude encontrar abierta
para llegar hasta aquí.
Comprendo que no es razon
que pueda satisfacer,
pero yo debo ya hacer
muy clara mi confesion.
Guiado por el amor
más puro, pisé esta casa:
quien entra así no traspasa
los límites del honor.
(Dirigiéndose á D. Antonio.)

Repase usté en su memoria
cuál fué mi comportamiento,
(Volviéndose hácia doña Mercedes.)
y usted, con su buen talento,
extienda mi ejecutoria.
Que obré con poca razon,
lo confieso á pesar mio!..
Esa carta de mi tio
es mi justificacion.

CARMEN. (Afligida al ver la gravedad de D. Antonio.)
(¡Emilio!)

EMILIO. (Calla, y no llores.)

JUAN. (A D. Antonio.)
El bien que á todos ha hecho
nos da aquí cierto derecho
para ser... intercesores.
Yo, sin él, hoy qué seria?
Nada, un pobre diablo!

ANT. ¡Ya!

EMILIO. ¡Y yo un pillo!

CARMEN. ¡Y yo, papá,
colegiala!

ANT. ¡Tú, hija mia!
(Volviéndose hácia César con gravedad cómica.)
¡Su atrevimiento merece
grave castigo en conciencia!...

CESAR. Cumpliré la penitencia
que me imponga.

ANT. ¡Hum!
(A doña Mercedes.) (¡Me parece
que estoy en carácter!...)

MERC. (A D. Antonio.) (Sí;
pero si ella le ama...
qué hemos de hacer ya?)

ANT. (A César, siempre con la misma gravedad.)
Reclama
usted...
(César señala á Cármen.)
¡Ya estoy!...
(Breve pausa.) ¡Siempre fuí
inexorable!..
(Marcándolo mucho.) ¡Es que quiero

que conste así!... Sin embargo,
yo... de todo me hago cargo,
y... en fin... habla tú primero.
(Dirigiéndose á doña Mercedes.)

MERC. (Tendiendo á César la mano, que éste estrecha afectuosamente.)
Por mí, perdonado está.

CARMEN. (Abrazando con alegría á doña Mercedes.)
¡Mamá!..

ANT. (A César.) ¡Qué... no viene usté
á darme un abrazo!

CESAR (Con natural descaro.) Es que...
mi genio es tan corto.

ANT. ¡Ya!
(Se abrazan.)

JUAN. (A D. Antonio.)
¡Bien, don Antonio!

ANT. (Encarándose con él.) ¡Don Juan,
que el señor me haya engañado...
bien!.. ¡Pero usted se ha portado
como si fuera un truhan!

JUAN. (Con aturdimiento.)
¡Como el pleito!... ¡Pero estaba
á la mira! ¡Y con testigos
de vista! (Señalando sus ojos.)

ANT. (Volviéndose.) ¡Buenos amigos
tienes... Antonio! ¡No andaba
mala en mi casa!

EMILIO. (A César.) Maestro,
¿doy otro abrazo á mi prima?

CESAR. (Dudando.)
Primo... (Consintiendo.) Bien; si no se arrima
mucho...

EMILIO. (Riéndose con malicia.)
¡Como soy tan diestro!
(A Cármen, despues de abrazarla.)
Díme, ¿jugarás con Rosa
y conmigo?

CARMEN. No.

EMILIO ¿Por qué?

CARMEN. Primo... porque ya tendré
que pensar en otra cosa!..

CESAR. (Dirigiéndose al público.)

Libre por el mundo andaba
sin norte, guía, ni luz,
hasta que encontré mi cruz
donde ménos lo pensaba.
¡Todos caen!.. El más diestro,
quizá ántes que yo he caido;
en fin... no echeis en olvido
que os lo dice un buen maestro.

FIN.

EN DOS ACTOS.

Bruschino, L.
De incógnito, L. y M.
El postillon de la Rioja, L.
El resucitado, L. y M.
Entre mi mujer y el negro, L.
La cola del diablo, L.
Marina, M.
Llamada y tropa, M.
¡Quien manda, manda! M.

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Amor y misterio, L.
Amor y arte, L. y M.
Amar sin conocer, L.
Azon Vizconti, M.
Cadenas de oro, M.
Catalina, L.
Campanone, L. y M.
Dos coronas, M.
El arca de Noé, M.
El valle de Andorra, L.
El hijo de familia ó el lancero voluntario, L. y M.
El sargento Federico, L.
El juramento, L.
El paraiso en Madrid, L.
El secreto de una dama, L.
El agente de matrimonios, M.
El caudillo de Baza, L. y M.
El dominó azul, M.
El planeta Vénus, M.
Galanteos en Venecia, L.
Giralda ó el marido misterioso, L. y M.
La embajadora, L. y M.
La cacería real, M.
La Estrella de Madrid, M.
La tabernera de Lóndres, M.
Los filibusteros, L.
Los piratas, L.
Los Madgyares, L.
Los circasianos, L. y M.
Margarita, L.
Mis dos mujeres, L.
Rival y duende, L. y M.
Un dia de reinado (mitad), L.
Un estudiante de Salamanca, L. y M.
Un viaje al rededor de mi suegro, L.
Un trono y un desengaño (3.ª parte), M.

Cuando se ejecute alguna obra cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso para si pertenece á esta Galería reclamar y cobrar los derechos.

OBRAS.

Comentarios del emperador Cárlos V. Rvn. 16.
Historia de la música española, 4 tomos, 100.
Ecos nacionales (poesías), 12.
Ecos del alma (Id.), 8.
Veladas poéticas (Id.), 6.
El beso de Júdas (novela), 6.
La niña expósita (Id.), 8.
Hist. de una venganza (Id.), 8.
Una vírg. y un dement. (Id.) 8
Los Maldonados (Id.), 8.
Catecismo de la Doctr. cristiana y Compendio de la Historia Sagrada, 4.
Etica elemental, 12.
Reló aritmético, 10.